

HISTORIAS DE SÓFOCLES



COLECCION ARALUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE de los NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes Premiadas en la Exposición de Leipzig

HISTORIAS
DE
SÓFOCLES



OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT.

El censor,

M. I. Sr. Dr. Joaquín Sendra

Canónigo

Barcelona, 6 de Septiembre de 1927

IMPRÍMASE

José, Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Ilma.,

Dr. Francisco M.^a Ortega
de la Lorena

Canciller-Secretario

L.P. 1.25

HISTORIAS DE SÓFOCLES

ADAPTADAS PARA LOS NIÑOS

POR

MARIA LUZ MORALES

CON ILUSTRACIONES DE

J. RAPSOMANIKIS

29.170



CASA EDITORIAL ARALUCE

CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
I AYAX	9
II EDIPO, REY	39
III LAS TRAQUINIAS.	69
IV FILOCTETES	91

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

El triste rey, Edipo, se destierra *Frontis*

	<u>Páginas</u>
Como una fiera se lanzó Ajax	18
...en mitad de su pecho la espada	33
...y lo colgó de un árbol.	39
...la esfinge le propuso la adivinanza	44
...el triste Edipo se desterró	61
...lanzó con rápida mano	72
...Hércules cogió a Lica por un pie	87
Peneira en esa cueva hijo mío—	101

PRÓLOGO

Hace, queridos niños, más de dos mil y trescientos años, que Sófocles vivió y escribió sus tragedias. Con Esquilo y Eurípides (1) fué este gran trágico una de las más legítimas y celebradas glorias de la escena antigua. Y aún dentro de este glorioso triángulo se distingue Sófocles por características y méritos propios dentro del teatro griego, en el que introdujo elementos nuevos y al que enriqueció de modo notable. Así, de él se dice que «renovó el espíritu de la tragedia, armonizando la fe y la razón con la concordancia de la voluntad divina y la conciencia humana. Aumentó el número de los actores y disminuyó la importancia del coro.»

Hace más de dos mil trescientos años pues, que fueron escritas estas tragedias, cuyo asunto, narrado con palabras sencillas, de modo breve y claro, váis ahora a leer... Una antiquísima y bárbara religión, costumbres e ideas remotas, sentimientos distantes — a veces opuestos a los nuestros — hechos crueles, forman el cañamazo sobre el cual el genio del poeta antiguo teje la belleza de la obra artística. Y sucede que, si todo aquello nos es ya ex-

(1) Véanse los volúmenes *Historias de Esquilo* e *Historias de Eurípides*, en esta misma Colección.

traño, casi incomprensible, casi — a veces — repulsivo, esto — la belleza — nos atrae y cautiva y hace que estos libros tan lejanos, tan lejanos de nuestra actual existencia nos sean queridos y, una vez nos adentramos por sus páginas, no se aparten ya nunca de nuestra memoria. Es porque la belleza no se ajusta a estos tiempos ni aquellos, 1.º es patrimonio de esta ni de aquella época, sino que es una y eterna. Es que en estas tragedias, en estas Obras antiguas, por encima de toda falsedad de religión, costumbres, época y lugar, palpitan la Humanidad, la Vida y la Vida y la Humanidad han de interesarnos siempre a nosotros, pues que son nosotros mismos. Asimismo, aunque aquella Moral no sea ya nuestra Moral, ha de servirnos de ejemplo la eterna lección de Moral que de toda obra de arte se desprenda.

De la vida de Sófocles se sabe muy poco... ¡está tan lejos, tan lejos!... Mas no importa, queridos niños. Tenemos sus obras, que de su vida nos hablan... Que esta leve muestra que de ellas hoy os damos os sea para hoy entretenimiento y para mañana deseo, anhelo de conocer en toda su grandeza la obra íntegra de este poeta, uno de los más gloriosos de la antigüedad.

MARÍA LUZ.

HISTORIAS DE SÓFOCLES

I

A Y A X

Cuenta la fábula que un matrimonio cuyo marido se llamaba Telemón y cuya esposa era conocida por el nombre de Scione, sentía vivísimos deseos de tener hijos. Largos años pasaron sin que pudiera ver cumplido su anhelo, y cierto día en que Júpiter pasó por su puerta envuelto en la piel del león de Nemea, Telemón se arrojó a sus pies rogándole que quisiera concederle la dicha de tener un hijo cuya piel fuese tan impenetrable como aquella del león que envolvía al dios.

Apenas había concluído Telemón su ruego, cuando atravesó los cielos un águila, a la que miró Telemón como feliz presagio; en efecto, Júpiter prometió a Telemón que ten-

dría un hijo que debería llamarse Ajax o Aguila.

Pasó algún tiempo y nació, en efecto, el niño. Telemón y su esposa no cabían en sí de dicha. Apenas nacido el infante, Alcides le cubrió con su piel de león y le hizo invulnerable, excepto en la parte del cuerpo en que Júpiter había herido al animal y que era en el pecho, en un lugar que sólo el mismo Ajax conocía.

Como Telemón había soñado, su hijo Ajax fué motivo de gloria para sus padres, pero también lo fué de innúmeros pesares. Desde pequeño mostróse fiero, brutal y colérico hasta un punto indecible. Era también poco piadoso para con los falsos dioses que los griegos adoraban. Pero en cambio era valeroso cual ninguno y dice la fábula y confirma Sófocles, que después de Aquiles no hubo otro griego tan arrojado y temido como él. Manejaba el arco como ninguno y era por todos respetado.

Cuando llegó a mayor, tuvo lugar en Grecia la gran expedición contra Troya, de la cual otras historias nos dicen la causa y el

fin (1). Al despedirse Ajax de sus padres para seguir a Agamenón y a los que con él iban, Telemón le dijo :

—Sé valiente, hijo mío, y muéstrate digno de tu nombre ; pero cuando los dioses se hallen mezclados en las luchas de los hombres, muéstrate respetuoso y aguarda que ellos sean quienes decidan la victoria.

Contestó entonces Ajax :

—Solo los cobardes necesitan el auxilio de los dioses ; yo estoy seguro de alcanzar la victoria sin aguardar ayuda ninguna.

En efecto, distinguióse Ajax en el sitio de Troya como ninguno de los griegos, si se exceptúa al valiente Aquiles. En cierta ocasión en que la batalla era durísima y Ajax se encontraba mezclado entre los enemigos y sin poder volver a su propio campamento, se le apareció la diosa Minerva y le ofreció conducir su carro. Pero, también esta vez orgulloso, Ajax desdeñó el auxilio de la diosa y se libró él mismo de los peligros que le rodeaban.

Otro día quiso Minerva, que le miraba con

(1) Véase especialmente *La Iliada* en esta misma Colección.

buenos ojos, darle un aviso prudente a fin de que no se viera expuesto a grave peligro.

—Reserva ¡oh diosa! tus favores para el resto de los griegos—replicó Ajax—. No te mezcles en mi conducta de la cual yo mismo he de dar buena cuenta.

Y tanto era el temor de Ajax de que pudieran creer los demás guerreros que desconfiaba de su propio valor y necesitaba que le ayudaran en la lucha y en la victoria los dioses, que borró de su escudo la imagen del buho, ave favorita de Minerva, porque los demás no creyeran que era tal imagen un acto de respeto hacia la diosa. A cuantos le preguntaban por sus esperanzas o sus temores, contestaba Ajax :

—A nadie temo, ni a nada en el mundo.

En el sitio de Troya capitaneaba a los de Megara y a las gentes de Salamina. Un día entero combatió contra Héctor, el más valiente de todos los troyanos. Y fué tanto el valor que derrocharon de una y otra parte los dos combatientes, que, admirados el uno del otro, suspendieron la lucha para rendirse pleitesía. Y no sólo esto, sino que se hicieron varios y

valiosos presentes. De éstos se dice, sin embargo, que fueron funestos, pues el tahalí que Héctor recibió de Ajax sirvió para atar a aquél al carro de Aquiles cuando éste después de darle muerte le arrastró alrededor de los muros de Troya.

La lucha en torno a la ciudadela de Troya era cada vez más dura. Aquiles, largo tiempo separado de los griegos por diferencias tenidas con Agamenón volvió al fin a luchar a su lado y esto hizo la pelea más dura y reñida. No obstante, Aquiles fué herido mientras luchaba y los griegos empeñaron en torno a su cuerpo un combate sangriento que duró todo un largo día. La diosa de las aguas, madre de Aquiles, dicese que llora todavía sobre el sepulcro de su hijo, rodeada de sus ninfas. También los griegos le lloraron durante diez y siete días y al llegar al día décimo octavo se colocó el cuerpo del héroe sobre un escudo. Sus cenizas fueron encerradas en una urna de oro y mezcladas con las de Patroclo, su mejor amigo. Y cuando estuvo concluído el magnífico sepulcro levantado en el promontorio de Sigeo, a orillas del Helesponto, se

ejecutaron a su alrededor fuegos y combates en memoria del más valiente héroe del ejército griego.

Mas, terminados los fuegos, los griegos todos empezaron a codiciar las armas de Aquiles, que eran tenidas por invulnerables. Los más codiciosos de tales armas eran Ulises el prudente y Ajax el valeroso. Creía Ajax desde largo tiempo antes, que la espada que Héctor le había regalado le era funesta, pues desde que de sus manos la recibiera no había vuelto a hacer con ella ninguna proeza. Y tenía, en cambio, la seguridad de que las armas de Aquiles, forjadas por el propio Vulcano, le harían invencible y darían la victoria a los suyos. Ulises las reclamaba también, apoyándose en los derechos que tenía por haber conducido siempre a los griegos a la victoria merced a su gran prudencia y astucia. Y entonces, se decidió que los mismos griegos las adjudicaran a uno o a otro. Y he aquí que los griegos las adjudicaron a Ulises.

El carácter colérico, brutal y feroz de Ajax ; su soberbia y orgullo, sufrieron con esta adju-

dicación un golpe terrible. Como loco regresó el héroe a su tienda, rabioso y enfurecido. Su esposa Tecmesa, al verle en aquel estado, se asustó sobremanera y acostó a su hijito, temerosa de que pudiera causarle algún mal.

Más el enfurecido Ajax no veía a su esposa, no veía a su hijo; no veía sino su propio furor y la humillación de que se creía objeto. Como fiera enjaulada, recorrió a grandes pasos la tienda y, de pronto, tomando en sus manos la pesada espada de Héctor y blandiéndola de modo espantoso, hizo ademán de lanzarse a las calles solitarias. Asustada Tecmesa, intentó impedirle que saliera. Era la última parte de la noche, cuando los astros vespertinos ya no brillaban. Toda temblorosa y con voz ahogada por el terror dijo Tecmesa a su esposo:

—¿Adónde vas, Ajax? ¿Qué empresa vas a acometer a semejantes horas, cuando ningún mensajero te ha llamado ni trompeta alguna te ha convocado al combate? Hora es esta en que todo el ejército duerme: duerme

tú también, y reposa de todos tus trabajos y pesares.

Pocas palabras respondió el héroe; tan pocas como dignas de ser celebradas:

—Mujer—dijo—el silencio es adorno de las mujeres.

Guardó, pues, silencio la infeliz Tecmesa, y Ajax salió de la tienda, enfurecido hasta un punto indescriptible. La noche era obscurísima, no iluminada por luna ni estrellas. Todos los guerreros dormían tranquilos en sus tiendas, y sólo los rebaños de carneros y bueyes y otras bestias, permanecían en mitad del campo al cuidado de los pastores, que también dormitaban.

Y he aquí que Ajax llevaba en lo más hondo de su corazón el deseo de matar a todos los griegos, sus compañeros de armas, que tan injustos, a su parecer, habían sido con él al no adjudicarle las armas potentes de Aquiles.

Quería ante todo Ajax, matar a los reyes: Agamenón y Menelao, pues los nobles Atridas eran, según él, los principales causantes de su mal. Y también Ulises, poseedor aho-

ra del tesoro por él codiciado. Y también todos los otros héroes, pues el odio y el furor de Ajax a ninguno respetaba ni excluía. Blandiendo la espada de Héctor, con paso ligero, con los ojos inyectados en sangre y saliéndosele de las órbitas, se dirigía Ajax a las tiendas...

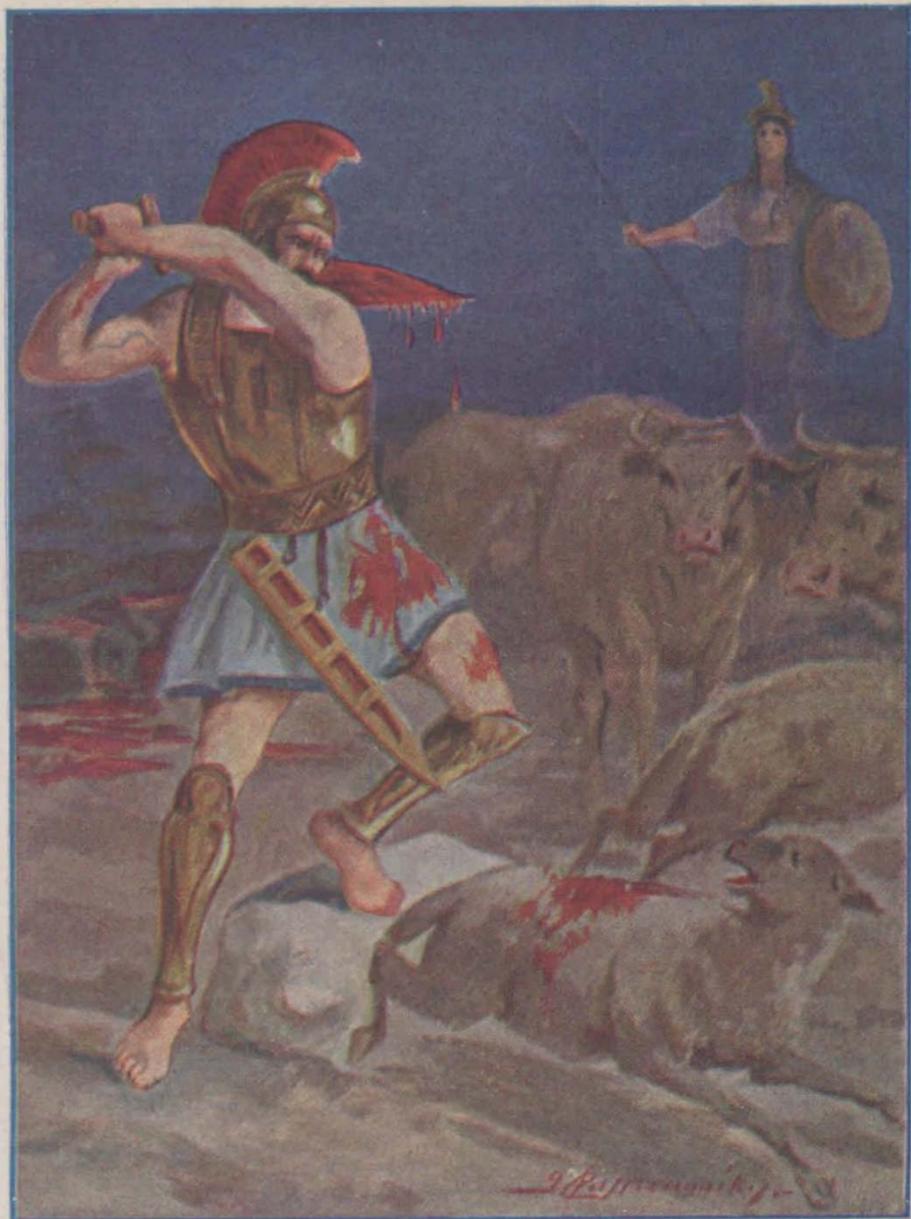
Mas he aquí que antes de llegar a ellas, una sombra invisible se interpuso en su camino. Era la diosa Minerva, la diosa de los verdes ojos.

Protectora siempre de los griegos y un poco resentida del orgullo y la soberbia de Ajax, quiso la diosa que su intento de venganza quedara frustrado. Estaba ya Ajax a las puertas del campamento y Minerva le echó a los ojos y al entendimiento falsas y extrañas imágenes. Por un momento el cerebro enfurecido de Ajax vaciló, nubláronse sus ojos y no fué dueño de apreciar la forma ni comprender la verdadera naturaleza de los objetos que tenía delante.

Tambaleándose como un hombre ebrio, traspasó las puertas de los campamentos. Dormían las bestias de los rebaños indefen-

sas por el sueño de los pastores. En la obscuridad de la noche, al distinguir apenas la masa informe de los animales, turbado como estaba por el encantamiento de la diosa, Ajax creyó tener delante de sí al ejército entero de los griegos que dormía en pleno campo, fuera de las tiendas, a causa del calor de la noche.

Como una fiera se lanzó Ajax sobre los cornudos carneros, sobre los bueyes mansos de astas potentes, y mató y rajó y degolló, haciendo horrorosa matanza a diestro y siniestro. Ya creía que degollaba con su propia mano a los dos atridas, reyes de los griegos, ya que hundía su espada en los otros jefes del ejército. En la sombra, Minerva reía del furor del desgraciado y del envilecimiento en que caía. Revolviéndose él en su morbosa locura era incitado por la diosa, que más y más le lanzaba en las redes de la desgracia. Cuando, un tanto aplacado el furor de Ajax, cesó de matar, ató con cuerdas que en previsión de la grande hazaña que esperaba hacer había llevado consigo, a todas las bestias que quedaban vivas y como si llevara con-



Como una fiera se lanzó Ajax...

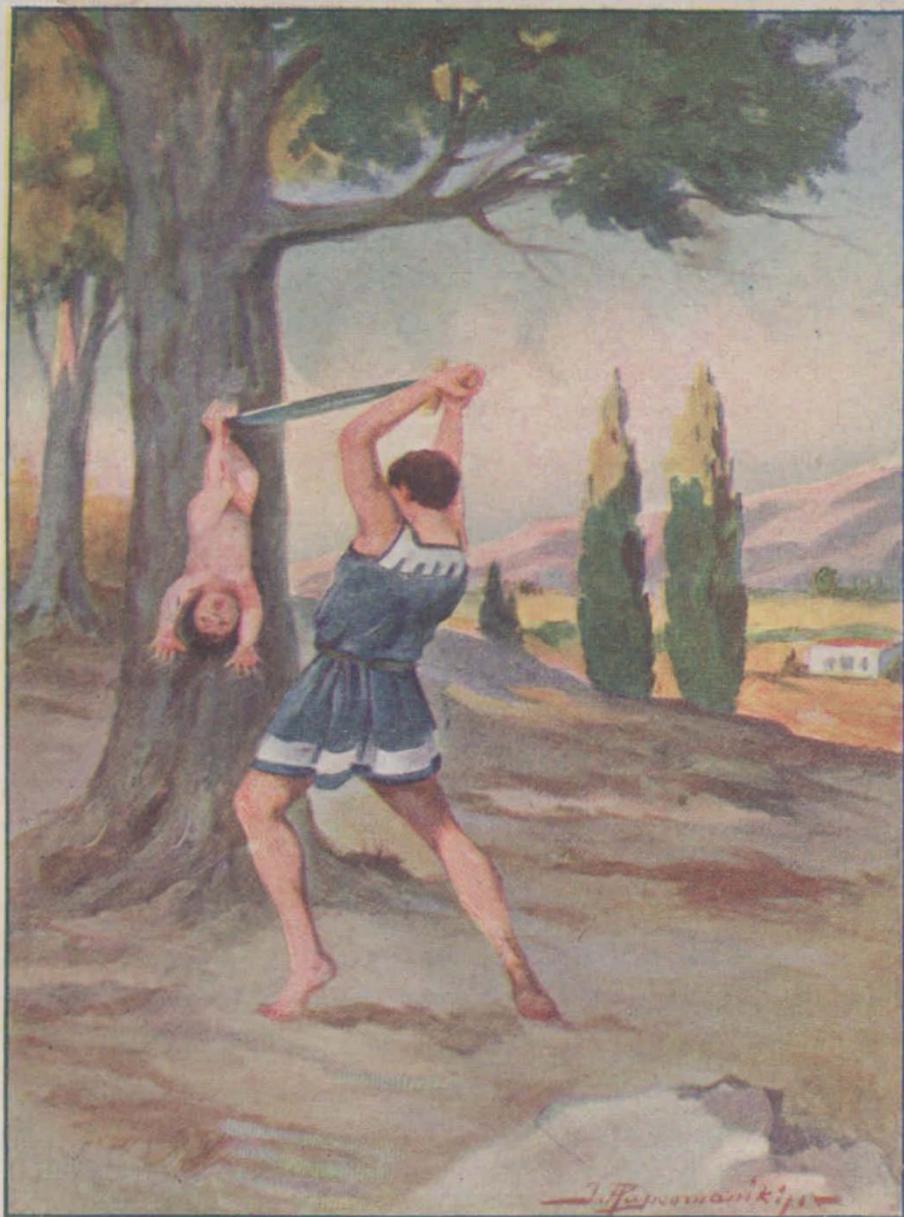
sigo un gran botín y un sinnúmero de prisioneros, penetró en la tienda conduciendo juntamente atados toros, bueyes, carneros, cabras, perros de rebaño y en fin, toda clase de velludas bestias. Ante el terror de su esposa, volvió a enfurecerse hasta el paroxismo y lanzándose de nuevo sobre los animales, cortó a unas el cuello, degolló a las otras, las abrió en canal; martirizó a algunas, atándolas e insultándolas, como si fueran hombres. Y por último, saliendo fuera de la tienda, empezó a hablar con un fantasma, vomitando mil denuestos contra los atridas y contra Ulises, lanzando grandes carcajadas y jactándose de que acababa de castigar la insolencia de los orgullosos griegos.

Volvió después a entrar en la tienda, y con su fuerte látigo empezó a azotar bárbaramente a un carnero, que creía ser Ulises. Después, deshecho el encanto de la diosa, Ajax empezó a recobrar el sentido, mas antes que pudiera advertir la mofa de que había sido objeto al intentar su terrible venganza, cayó en medio de los despojos de las bestias presa de un profundo sueño.

Al despuntar la mañana, despertaron los griegos. Salieron de sus tiendas y encontraron a los pastores muertos y muertos los animales de los rebaños y otros desaparecidos. ¿Qué había pasado? Apenas si los griegos podían comprenderlo. No podía ocurrírseles que ninguno de sus enemigos se ensañara de modo tal con pobres animales inocentes, ni que ninguno tampoco hubiera llegado hasta allí, hasta el pie mismo de sus tiendas sin penetrar en ellas. No sospechaban que tal obra hubiera podido ser ejecutada por Ajax, y aunque cavilaban y cavilaban, no daban con la explicación de lo ocurrido. Había, sin embargo, huellas del crimen extraño en todo el camino que Ajax había seguido, y Ulises, cuya prudencia se obstinaba en saber la causa del extraño suceso, decidió seguir las huellas y llegó hasta la misma tienda de su rival.

Pero delante de la tienda de Ajax una grandiosa sombra aguardaba a Ulises. Era la sombra de la diosa de los verdes ojos, que empuñando su escudo, cuajado de esmeraldas, detuvo al héroe prudente.

—¿Dónde vas, hijo de Laertes?—preguntó.



...y lo colgó de un árbol...

Conoció en seguida Ulises la voz de la diosa, que vibraba largamente en su corazón.

—Busco a mi enemigo Ajax—contestó a las palabras de Minerva—, quien esta noche ha cometido un crimen inconcebible. Persigo sus huellas y comprendo que a él se debe lo sucedido, pero aún no sé bien el modo de averiguar toda la verdad.

—Yo puedo ayudarte en tu averiguación; yo soy quien trastornó su juicio para que sólo matara a las bestias cuando intentaba mataros a vosotros, hijos de Grecia.

Quedó un momento Ulises suspenso, horrorizado al pensar en el grave mal de que habían todos escapado, pues que el enfurecido Ajax había llegado hasta las puertas mismas de las tiendas donde ellos dormían. La diosa continuó:

—Voy a mostrarte la locura de Ajax para que vayas después a referirla a todos los griegos. No temas daño ninguno de Ajax, pues yo, desviando de sus ojos los rayos de luz, le impediré que vea tu cara.

Pero Ulises, a pesar de que era valeroso, rogó a la diosa que no llamara a su enemigo.

La diosa no hizo caso de los temores de Ulises.

—Calla y espera sin miedo—le dijo—. ¿No es ese hombre tu enemigo? ¿No es dulcísimo reírse de los enemigos? ¿Temes acaso ver a un hombre loco delante de ti?

—Si estuviera cuerdo no le temería—dijo Ulises.

—Pero es que ahora, aunque te pongas delante de él, no te ha de ver, porque yo cegaré sus ojos. ¿Desconfías acaso de mi poder?

Dichas estas palabras, la diosa levantó la lona de la tienda de Ajax y llamó:

—¡Ajax! ¡Tú que has atado las manos a los cautivos, sal fuera de tu tienda. ¿No quieres hacer caso quizá de Minerva, tu fiel aliada?

Ante la voz de la diosa, que era mandato imperioso para él, salió Ajax de su tienda, todavía tambaleándose como un hombre ebrio. Con voz ronca dijo:

—¡Salve Minerva; salve hija de Júpiter! Llegas a punto, pues con estos despojos, que

convertiré en oro, quiero dedicarte una corona de agradecimiento.

En la sombra, Ulises, aunque aterrorizado por el aspecto espantoso de su enemigo, se reía de su locura. Reíase también la diosa, quien, burlona, contestó a Ajax :

—Me gustan tus palabras. Pero dime, ¿mojaste bien tu espada en la sangre de los griegos? ¿Descargaste tu brazo sobre los atriadas? ¿Han muerto los caudillos?

Creyendo todavía Ajax que las bestias muertas eran los jefes del ejército griego, contestó a la diosa :

—Muertos están y aquí tienes las pruebas de ello ; ya no injuriarán más a Ajax ; ya no me arrebatarán las armas que ahora he ganado con mi fuerte brazo.

A más no poder reíase Ulises, pero Ajax no le oía ni le veía porque la diosa le hacía invisible. Continuando su burla, preguntó Minerva :

—¿Y qué ha sido del hijo de Laertes que no le veo entre los cadáveres? ¿Qué suerte ha corrido Ulises? ¿Se te ha escapado acaso?

—Me place que me preguntes por la suer-

de ese astuto zorro—contestó Ajax—. Ulises es el prisionero que con más gusto tengo atado en la tienda. ¡ Oh reina !, pues no quiero matarlo todavía.

Ulises se moría de risa.

—¿Pues qué suerte le reservas?—preguntó la diosa.

—Lo tengo atado a la columna de mi tienda y he de hacer con mi látigo que sus espaldas queden teñidas en sangre.

—No maltrates de modo tan cruel a ese desdichado—suplicó Minerva.

Pero Ajax obstinábase en desobedecer a los dioses y replicó, presa todavía de su extraña locura :

—No puedo obedecerte en esto, poderosa Minerva. Ulises sufrirá el castigo que le he destinado.

—Ve pues a cumplir tu deseo ; manos a la obra—replicó Minerva.

Y gustoso Ajax penetró de nuevo en su tienda. Volvióse la diosa a Ulises.

—He aquí—le dijo—cuánto es el poder de los dioses, que aman al hombre sensato y odian al soberbio. No dejes, pues, nunca,

que la soberbia te hinche, ni profieras jamás palabra orgullosa contra los dioses, por mucho que sea el poder de tu brazo o de tu riqueza.

—Bien veo que nada somos los humanos, sino apariencias y sombras—dijo Ulises—. Mas de todos modos, me da pena ver en tal estado a mi enemigo y le compadezco en su desgracia.

A todo esto, a la playa donde estaban los marineros descansando de la labor cotidiana en las naves de afilada proa, llegaron rumores de lo sucedido. Ajax era muy amado por aquellas gentes, que admiraban su gran valor y en los primeros momentos creyeron que tales historias habían sido inventadas por Ulises, su astuto enemigo. Los marineros de la nave que Ajax mandaba, eran los más obstinados en no creer lo que se contaba, pues no les parecía verosímil que en lugar de hacer una verdadera hazaña por terrible y espantosa que fuera, su jefe se hubiera ensañado en indefensos animalitos y en humildes e inofensivos pastores.

Deseando saber la verdad de lo ocurrido,

corrieron los marineros hacia la tienda de Ajax. A la puerta encontraron a Tecmesa, hija de Teleutante, quien les informó de cómo era verdad lo que acerca de la conducta de Ajax decían las gentes. Se oyeron entonces unos grandes lamentos que a los marineros y a la mujer pusieron gran espanto. Era la voz de Ajax que, vuelto en sí de su locura, veía el resultado de su furor en torno suyo y se horrorizaba del tremendo ridículo en que había incurrido saciando su cólera en los baños.

—¡ Ay queridos marineros, mis únicos amigos! Bien veo que vosotros sois los únicos que permanecéis fieles a la ley de la amistad. Ved qué ola de ensangrentado mar me rodea por todas partes. Y pues que queréis asistirme en mi desgracia, os ruego que aquí mismo me matéis.

Los hombres de las naves intentaron calmarle y Tecmesa acudió también con dulces palabras.

—Dueño mío, mi amado Ajax, no digas tales palabras; te lo suplico.

—¡ Ay infeliz de mí!—proseguía el des-

graciado—. Que en vez de descargar mi mano sobre los criminales, la dejé caer sobre los bueyes y corderos, y derramé su roja e inocente sangre. ¡Cómo se reirá de mí el hijo de Laertes, el falso y taimado Ulises!

Y era en vano, en vano que la esposa y los amigos trataran de alejar de Ajax tan terribles ideas. Como una fiera tornaba a pasearse por la tienda, exclamando:

—¿Cómo podré matar a ese astuto zorro y a los dos reyes: Menelao y Agamenón, y morir yo en seguida?

Y dijo Tecmesa:

—Si eso deseas, esposo mío, pide que yo también muera contigo. ¿Qué me importa la vida si tú mueres?

Pero Ajax no atendía a sus razones ni a sus dulces palabras. Harto comprendía ahora que su orgullo y su soberbia enfrente de los dioses le habían acarreado la venganza de Minerva y no pensaba sino en la burla que el astuto Ulises y todo el ejército griego estaría haciendo de él en aquellos momentos. ¿Qué hacer ahora? ¿Se iría a su casa a través del piélago Egeo dejando el campamento y aban-

donando a los atrimas? Acaso esto fuera lo más prudente, pero ¿con qué cara podría presentarse ante Telamón, su padre, que había sido siempre hombre valeroso? ¿Cómo arrosaría la vergüenza de volver privado de todo premio de valor? Y el desgraciado Ajax perdíase en un mar de confusiones y apenas entreveía otra esperanza que la de morir heroicamente. En estas dudas rogó a Tecmesa que enjugara su llanto e hiciera venir a su hijo delante de él.

De la mano de un ayo, llegó el niño, que era de muy corta edad. Derramando abundantes lágrimas, le dijo Ajax estas o parecidas palabras :

—Ojalá hijo mío que seas más feliz que tu padre ; y en todo lo demás seas igual que él, pues así nunca serás cobarde. Si ahora te envidio, es porque no puedes darte cuenta de ninguno de los males que te rodean ni de los que te esperan. Mientras no te llegue el momento de saber lo que es placer y dolor, que tu tierno espíritu sea la alegría de tu madre. Ninguno de los griegos se atreverá a insultarte, sólo por ser tú hijo mío, aún cuando

yo haya muerto. Mi amigo Teucro, el arquero, será tu protector, cuidará de tu educación y, siguiendo las órdenes que estos marineros le transmitirán, te llevará a la casa de mi padre Telamón y de mi madre Eribea para que los alimentos en la vejez hasta que llegue su última hora. En cuanto a mis armas, que no se den en público certamen a ninguno de los griegos; que mi escudo sea conservado por ti y que las demás armas se entierren conmigo.

Oyendo estas tristes palabras Tecmesa ya no rogaba ni suplicaba, sino que abundantes lágrimas bañaban sus hermosas mejillas.

—No llores de ese modo, mujer. La fortaleza es en los momentos solemnes cuando ha de mostrarse.

Mas ella no podía enjugar sus lágrimas y no hacía sino clamar y preguntar :

—¡ Ajax, esposo mío ! ¿ Qué es lo que piensas hacer ?

Y los marineros de las naves de Ajax unían sus lamentos y sus súplicas a los de la mujer del desdichado.

Por un momento pareció el héroe conmo-

verse ante aquel llanto. Y fuera que, en efecto, suavizárase su corazón o que lo fingiera para no entristecer más a los que le amaban, dijo :

—Gran pena me da dejar a esta mujer desamparada entre mis enemigos ; dejar a mi hijo huérfano. Voy, pues, a los arenales de la orilla del mar a ver si lavando bien todas mis manchas quedo libre de la terrible cólera de la diosa mi enemiga. Después correré a un sitio donde no deje huella ninguna, cavaré un hoyo muy profundo en la tierra y en él ocultaré esta espada, la más odiosa de mis armas, pues desde que la recibí de manos de Héctor, no he hecho cosa provechosa a mis amigos. Preciso es que aprenda a sujetarme a la voluntad de los dioses y al respeto de los reyes. Mis jefes son y es preciso obedecerles. Intentaré ser tan prudente como Ulises. Basta, pues, de llanto, mujer, y ruega a los dioses que mi corazón logre el cumplimiento de tus deseos. Si viene Teucro, mi hermano y fiel amigo, decidle que se interese por mí y que piense en vosotros. Voy adonde me es preciso ir.

Con gran alegría oyó Tecmesa estas prudentes palabras ; con no menor gozo, las escucharon los marineros. Alejóse Ajax con paso firme y conforme había dicho se dirigió hacia los arenales, bañados por las aguas. Y los marineros volvieron tranquilos a sus naves de afilada proa.

En tanto, Teucro el arquero, el hermano amantísimo de Ajax, volvía de caza y tenía que atravesar el campamento de los griegos. Al verle llegar, todos éstos, enfurecidos por la conducta de Ajax, rodearon a Teucro, formando círculo y empezaron a insultarle llamándole hermano y amigo del loco y traidor al ejército, y quisieron matarle a pedradas. Echó mano el arquero a su arco ; lo echaron también los otros griegos a sus espadas y más lejos hubiera ido la contienda de no intervenir los venerables ancianos para aplacar convenientemente los ánimos.

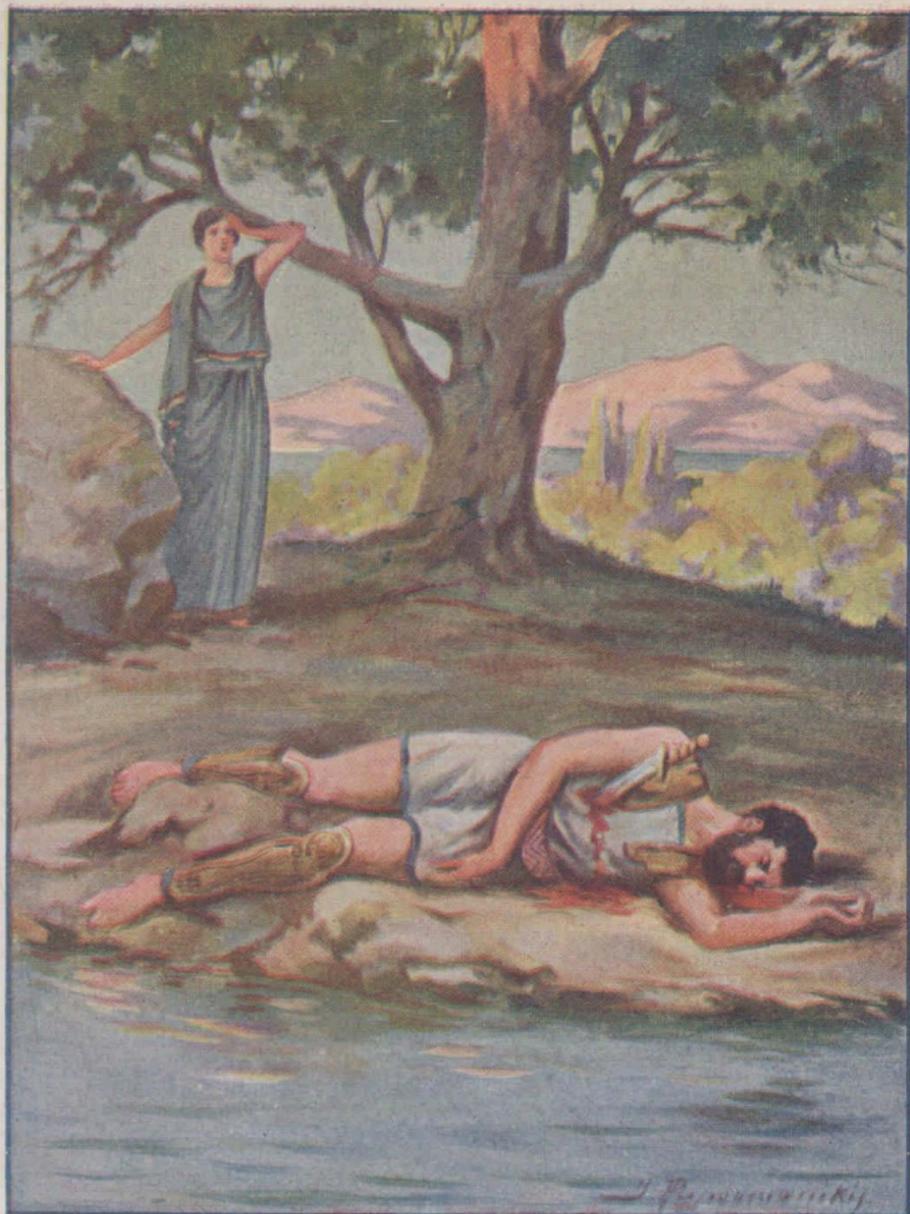
Mal lo hubiera pasado Teucro de no ser por los ancianos ; mal lo hubiera pasado, sobre todo, de no ser por Calcas, el más sabio de todos. Levantóse éste de la reunión en que estaban constituídos los supremos jefes

del ejército ; avanzó sólo sin que ningun atri-
da le acompañase y tendiendo su diestra a
Teucro le dijo :

—Por cuantos medios estén en tu mano,
retén a Ajax dentro de su tienda en todo el
día de hoy. El adivino ha dicho claramente
que sólo en este día deberá temer la cólera
de la diosa Minerva. Su soberbia y su orgullo
le han perdido, pues desde el momento en
que salió de su hogar sus palabras fueron ne-
cias y vanidosas. No obstante, si logra pasar
el día de hoy, habremos logrado salvarle.

Inmediatamente se mandaron mensajeros
que avisaran a Tecmesa de la predicción del
adivino, a fin de que la mujer retuviera al hé-
roe durante aquel día dentro de la tienda,
para que se librara así de la cólera de la
diosa.

Mas cuando los mensajeros llegaron adon-
de Tecmesa estaba, ya Ajax se había aleja-
do. Corrieron todos en la dirección que el
desgraciado había seguido. Avisaron a los ma-
rineros que a su vez les siguieron ; corrieron
por todas partes buscando al desgraciado cuyo
orgullo había atraído la cólera de los dioses, y



... en mitad de su pecho la espada...

al fin, en la selva, a orilla de las aguas, halló la desgraciada esposa el cuerpo de Ajax.

Mas sólo su cuerpo. Con sus propias manos había clavado en mitad de su pecho la espada de Héctor; negra sangre salía de la herida y de la boca del infeliz. Tecmesa echó sobre el cadáver de su esposo su manto tejido por sus propias manos y después lloró sobre él largas, largas horas.

Casi a un mismo tiempo llegaron a la selva donde yacía el desgraciado Ajax, su hermano Teucro y el rey Menelao. Más profundo que el de la misma Tecmesa fué el dolor de Teucro al ver a su hermano muerto, con la espada de Héctor en el pecho clavada. Sus tristes pensamientos le llevaban a recordar cómo también Héctor fué atado al carro de Aquiles con el cinturón que Ajax le regalara, siendo destrozado a poco hasta perder la vida. No se detuvo, sin embargo, largo rato Teucro en sus tristes pensamientos, sino que comenzó a cavar la fosa para sepultar al cadáver. Al ver su acción, el rey Menelao sujetó su brazo.

—¿Qué vas a hacer?—le preguntó—. No sepultes este cadáver, antes déjalo como está.

—¿Por qué motivo?—contestó Teucro.

Y dijo entonces Menelao:

—Porque ese hombre a quien creíamos aliado y amigo nuestro, es para nosotros peor enemigo que los mismos grigios, ya que deseando la muerte de todo el ejército, se lanzó esta noche espada en mano para asesinarlos. De no haber frustrado los dioses su intento, seríamos nosotros quiénes yaceríamos ahora exánimes y de la manera más ignominiosa, mientras él viviría. Por fortuna nuestra, la diosa Minerva desvió su pérfida intención, que cayó sobre las bestias y sobre los pastores; no hay, pues, razón para honrar a ese cadáver con una tumba, sino que debe dejarse echado sobre la amarillenta arena, para que sea pasto de las aves marinas. Si en vida no quiso obedecer a nuestros mandatos, tendrá que obedecerlos de muerto y no serás tú quien nos lo impidas. Te ordeno, pues, que no lo sepultes, a no ser que quieras caer, al intentarlo, en su misma sepultura.

Al oír aquellas palabras, Teucro se estremeció de dolor y de cólera.

—¿Por qué has de mandar tú sobre este hombre ahora muerto, ni sobre mí, todavía vivo? Si Ajax vino con los griegos, fué por su propia voluntad, como aliado tuyo. ¿Qué derecho tienes tú a reinar sobre las gentes que con él vinieron de su patria? Tú viniste como rey de Esparta, no como soberano nuestro. Manda, pues, en tus súbditos y déjanos a nosotros tranquilos.

Mas el rey Menelao era también orgulloso. Contestó así a Teucro :

—Muy soberbio parece el arquero : ¿cuál no sería tu orgullo si llevaras escudo?

—No es de villanos mi oficio—replicó Teucro—. Y me basto para luchar contigo aunque escudo no llevo.

—Tus insolentes palabras no harán que yo permita que se sepulte a mi enemigo.

—No fué tu enemigo sino cuando tú lo mereciste. Le quitaste un premio que a él correspondía, para dárselo a otro.

La lengua de Teucro no descansaba ni su

fiereza decaía ; el rey Menelao no cedía tampoco.

—Una sola cosa te digo—afirmó el rey— : que no le darás sepultura a ese hombre.

—Pues oye mi respuesta : a este hombre sepultaré.

La disputa era cada vez más violenta ; Teucro hizo que el hijo de Ajax se agarrara en ademán suplicante a su padre muerto ; hizo también que la esposa se abrazara a él y ordenó a los marineros que cavaran la fosa.

—Si alguno por la fuerza quisiera arrancaros de este cadáver—dijo a la mujer y al niño—que vilmente caiga insepulto en el suelo, segando de raíz a toda su raza, como yo corto esta trenza de cabello.

Y diciendo esto, cortó los cabellos de Tecmesa y los del pequeño.

En auxilio de Menelao llegó Agamenón, quien también conminó al arquero para que dejara insepulto el cadáver del que ambos juzgaban su enemigo.

Mas he aquí que también en aquel momento llegaba el prudente Ulises a aquellos lugares.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué os maldice Teucro y por qué le increpáis vosotros, atridas?

—Quiere Teucro que el cadáver de Ajax no quede sin sepultura y se obstina en sepultarlo contra mi voluntad.

Ulises era ante todo prudente, y su claro juicio no se dejaba jamás cegar por la ira contra los enemigos, ni por el afecto hacia los amigos. Dijo, pues, a Agamenón:

—Yo también te digo, ¡oh rey!, que no debes permitir que se deje a ese hombre sin sepultura, ni que la violencia te domine nunca tanto que faltes a la justicia. Desde que soy dueño de las armas de Aquiles no hubo para mí mayor enemigo que este que aquí yace muerto, mas aunque así fuera, no debo deshonorarme mintiendo, sino decir que era el hombre más valiente de cuantos llegamos a Troya, exceptuando a Aquiles. No es justo después de muerto deshonar a un hombre valeroso, por mucho que se le odie.

—¿Contra mí le defiendes, Ulises? ¿Tanto respetas a un enemigo muerto?

—Si vivo estuviera, no le temería.

—¿Me mandas, pues, que permita sepultar al cadáver?

—Yo mismo lo haré si me lo permites.

Y así, merced a la intervención de Ulises, fué sepultado con todos los honores el cadáver del valeroso Ajax. Cavaron los marineros la cóncava fosa, colocóse alto trípode en el fuego para el piadoso lavatorio; una compañía de guerreros transportó desde la tienda todo lo necesario con el escudo del héroe encima. Y en fin, siguiendo los ritos de entonces, rindióse honor al héroe, que en el momento de la muerte todos los resentimientos se olvidan.

II

EDIPO, REY

Layo, rey de Tebas y su esposa Yocasta, tuvieron, al casarse, la curiosidad de preguntar al oráculo de Delfos si su casamiento sería feliz. Y el oráculo le respondió a Layo que si lo sería en cuanto a esposo, pero no en cuanto a padre, pues el hijo que de él debía nacer le daría la muerte. Esta predicción amargó la existencia de Layo, quien cuando su esposa Yocasta le anunció la dicha de que iba a tener un hijo, se estremeció de horror y concibió un espantoso proyecto.

Fué éste que apenas nacido el niño, encargó a uno de sus criados que lo llevase al monte Citerón y allí lo dejara expuesto a la muerte. El criado a quien Layo confió esta comisión, atravesó los pies del niño con su espada, y lo colgó de un árbol de lo que se derivó su nombre de Edipo. Y sucedió que Forbas, pas-

tor de Pólipo, rey de Corinto, condujo por casualidad su rebaño hasta aquellos lugares, oyó el llanto de la criatura, corrió adonde el niño estaba, se apiadó de él, lo descolgó y se lo llevó consigo.

Merope, la reina de Corinto, esposa de Pólipo, tenía muy buen corazón y no teniendo hijos deseó ver al niño que su pastor había encontrado en trance tan extraño y espantoso; se encariñó con él, quiso protegerlo y, rogando al pastor que se lo diera, lo adoptó y cuidó de su educación como si fuera su hijo propio.

Edipo fué feliz en el reino de Corinto; se creía hijo de los reyes y príncipe heredero, y como tanto los que él suponía sus padres, como el pueblo y los nobles le amaban extremadamente, era dichoso y respetado en aquella providencial situación. Sin embargo, cierto día, hallándose en un banquete, un hombre que había bebido demasiado y que estaba embriagado, dijo a Edipo en su borrachera que él no era hijo verdadero sino fingido de su padre. Muy apesadumbrado por la injuria resistió su dolor a duras penas Edipo durante

todo aquel día, pero apenas amaneció el siguiente, corrió a preguntar la verdad a los que él creía su padre y su madre, Pólipo y Merope, quiénes llevaron muy a mal el ultraje y prometieron castigar al que lo había inferido.

Las palabras de ambos sosegaron un tanto el ánimo de Edipo; sin embargo, dolíale siempre aquel reproche que había penetrado hasta el fondo de su corazón y que no podía olvidar. Sin que sus padres supieran nada, se fué a Delfos, donde el oráculo le rechazó por tres veces sin creerle digno de obtener contestación a las preguntas que hiciera. Por fin, logró obtener respuesta del oráculo.

«—Edipo—dijo el oráculo—será el asesino de su padre, y su raza será maldita».

Al oír tales palabras, para evitar que se cumpliesen, el triste Edipo decidió no volver jamás a Corinto, pues como imaginaba que Pólipo era su verdadero padre, suponía alejarse del peligro de matarlo, alejándose de él. Y errante anduvo largos y largos días, siempre procurando averiguar por medio de los astros la situación de Corinto, para hallarse lejos de su suelo, en lugar donde jamás viera

el cumplimiento de las atrocidades por el oráculo vaticinadas. Y anda que andarás, siempre guiándose por los astros en su viaje, tomó el camino de la Fócida. Y llegó cierto día a una encrucijada por donde pasaba el rey de los tebanos, el mismísimo Layo, verdadero padre de Edipo, y a quien Edipo no conocía.

Le acompañaba sólo el cochero y un heraldo y tres criados, y el carro que le conducía iba tirado por jóvenes caballos que toparon violentamente con el viandante, con Edipo. Enojado el joven quiso oponerse al golpe, pero el cochero, así como el anciano que ocupaba el carro, le empujaron hacia atrás. Al verse molestado por tantos siendo él uno solo, la ira de Edipo creció; dió un golpe violento al cochero, echó el carro a un lado y pasó por la parte del camino que quedaba libre. Enojado Layo a su vez ante la qué juzgaba falta de respeto del jovenzuelo, le infirió dos heridas con el aguijón en medio de la cabeza; entonces levantó Edipo el bastón de caminante que llevaba en la mano, dió un solo golpe con él al anciano, y éste cayó rodando del medio del coche, quedando en el suelo boca arriba

y muerto en el acto. Aterrorizados los que le acompañaban, se dejaron matar también por Edipo. Uno solo escapó.

Siguió Edipo su camino en dirección a Tebas y encontró la ciudad desolada a causa de la Esfinge. Era la Esfinge un monstruo fabuloso en el que los antiguos creían, diciendo que tenía rostro y busto de mujer y cuerpo de león (1). La Esfinge de Tebas era la más extraña y terrible que recuerda la leyenda, tenía la cabeza y el pecho de mujer, las garras de león, el cuerpo de perro, la cola de dragón y las alas como las de las aves. Era hija de Echidna y de Tifón, dos monstruos espantosos. La rencorosa Juno, indignada contra los tebanos, envió este monstruo a su territorio para desolarle. Ejercía la Esfinge sus estragos en el monte Ficeo, donde se arrojaba sobre los pasajeros, les proponía enigmas difícilísimos y al que no acertaba la solución lo despedazaba. No hay que decir que casi todos los que por aquellos lugares se

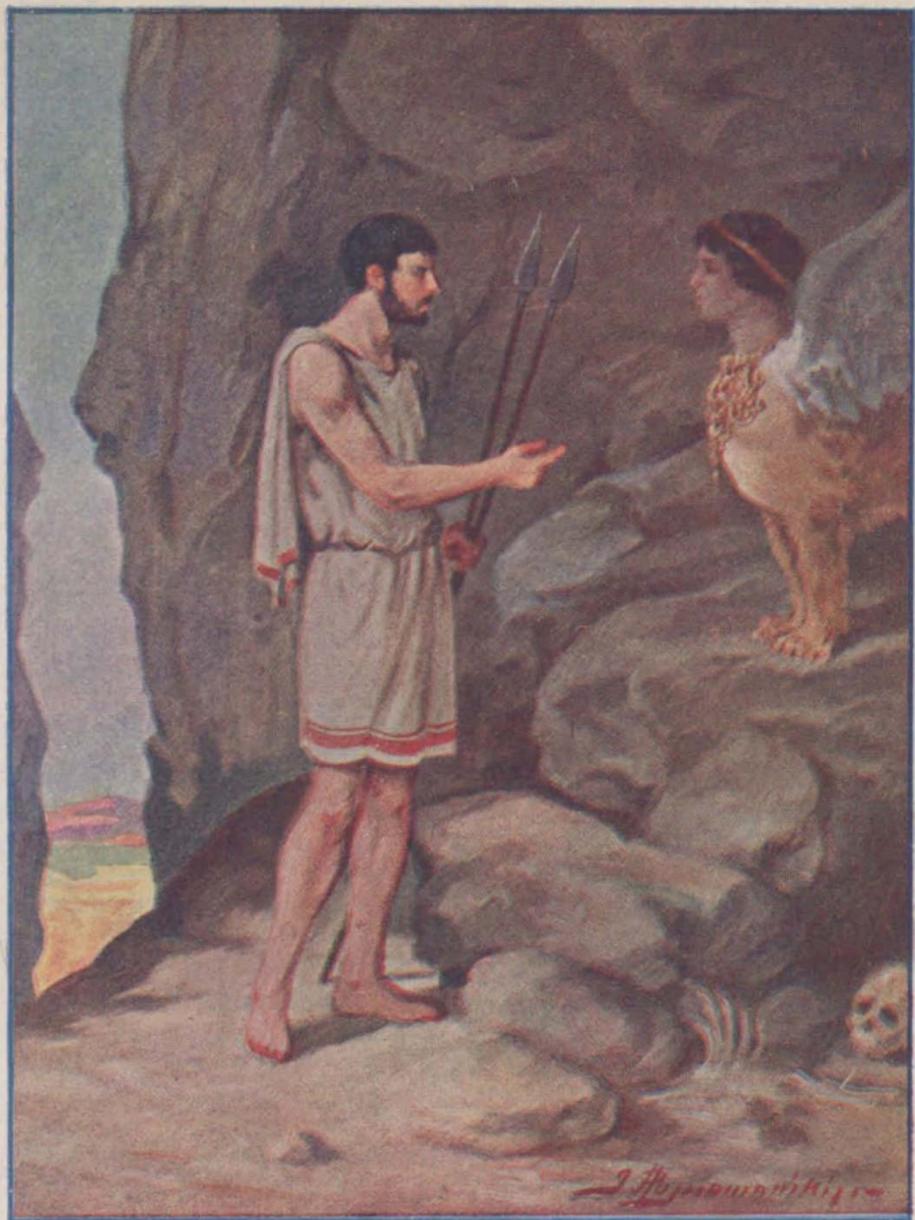
(1) En los monumentos egipcios se encuentra comunmente la esfinge representada con alas y largas trenzas de cabello. Plutarco supone que dentro de la civilización egipcia la Esfinge representa la religión de aquel país que era toda enigmática.

aventuraban, eran despedazados. Según el oráculo, el monstruo debía perder la vida en el momento que encontrase una persona capaz de descifrar el siguiente enigma :

«¿Cuál es el animal que anda en cuatro pies por la mañana, en dos al mediodía y en tres por la noche?».

Ya varias veces personas habían sido víctimas del monstruo, pues nadie era capaz de descifrar el enigma ; ya Tebas estaba muy alarmada, creyendo que perecería hasta el último de sus habitantes antes que muriera la Esfinge. Y en esto, acabando de matar a Layo y a sus acompañantes, pasó por aquel lugar Edipo, y la esfinge le propuso la adivinanza. Y Edipo contestó después de reflexionar un breve momento :

—Ese animal no es sino el hombre, que en la infancia, que debe ser considerada como mañana de la vida, comienza a andar arrastrándose sobre los pies y las manos ; hacia el mediodía o sea en la fuerza de la juventud y edad madura, le bastan dos piernas y en la vejez o sea al aproximarse la no-



... la esfinge le propuso la adivinanza.

che de la existencia, necesita de un palo o sea una tercera pierna, para sostenerse.

La Esfinge, furiosa y llena de despecho al ver que le habían adivinado su enigma, se rompió la cabeza contra una roca.

Y sucedió que, después de la victoria, habiéndose sabido la muerte de Layo e ignorando todos quién había sido su matador, los tébanos, entusiasmados, dieron a Edipo el mando de su reino; hiciéronle, pues, su monarca. El reinado de Edipo sobre Tebas fué muy feliz; sus súbditos le amaron tiernamente y sus hijos Etéocles y Polinice, Antígona e Ismene, nacidos durante su reinado, le respetaron durante largos años.

Mas he aquí que pasado mucho tiempo, una peste cruel desoló el reino. De nuevo fué consultado el oráculo, refugio de los desgraciados, y el oráculo declaró que los tébanos eran así castigados por no haber vengado la muerte de su rey ni haber siquiera buscado a sus asesinos. Cuando los que escuchaban las palabras del oráculo se presentaron a Edipo formando una gran multitud, el anciano, pues ya lo era, preguntó al sacerdote qué era lo

que a su presencia llevaba así a los niños que apenas podían andar, como a los jóvenes vigorosos, como a los ancianos encorvados por años y penas.

—Tú que recién llegado a la ciudad nos redimiste del tributo que pagábamos a la terrible Esfinge—dijo el sacerdote—, tú que fuiste nuestro libertador, busca ahora remedio a la desgracia, salva nuestra ciudad de la peste, busca a los que Layo mataron, pues el dios Apolo nos ordena de un modo claro, que no cesará la peste mientras no arrojemos de esta tierra al asesino que en ella vive y respira e impurifica la ciudad.

Edipo, que ignoraba las circunstancias de la muerte del antiguo rey a quien dió muerte sin conocerlo, pues ningún atributo de su realeza llevaba, preguntó al sacerdote :

—¿Cómo podemos encontrar las huellas de un crimen tan antiguo? ¿Fué en la ciudad, en el campo o en extranjera tierra, donde Layo murió asesinado?

Contestaron los ancianos :

—Fué, según dicen, a consultar el oráculo y ya no volvió a palacio.

Volvió a preguntar Edipo :

—¿Y no hay ningún mensajero ni compañero de viaje que presenciara el asesinato y cuyo testimonio pudiera servirnos para esclarecer el hecho?

—Han muerto todos menos uno—replicaron los ancianos—, que huyó tan amedrentado que de cuanto vió sólo sabe decir que les asaltaron unos ladrones y como eran muchos dieron muerte a Layo y a los que le acompañaban.

—¿Y cómo no apareció nadie como vengador de la muerte de Layo? ¿Qué desgracia una vez muerto vuestro Rey os impidió descubrir a los asesinos?—preguntó Edipo.

Y los ancianos contestaron :

—La Esfinge con sus enigmas, que, obligándonos a pensar en el remedio de los males presentes, nos hizo olvidar crimen tan misterioso.

Edipo entonces prometió indagar el crimen desde el origen mismo, ayudar a la ciudad como era su deber para con los dioses y para con su pueblo; castigar al asesino de

Layo y no cesar en su venganza hasta que la terrible peste cesara.

Y, en efecto, Edipo cumplió su palabra; buscó por todas partes al autor de aquel asesinato que nadie sino él había cometido, no dejó de interrogar ni a los más nobles ni a los más ricos, pero todas sus averiguaciones y pesquisas resultaron infructuosas. Entonces hizo llegar a su presencia a Tiresias, el adivino, de quien decíase que era capaz de comprender y ver así el pasado como el porvenir, así lo divino como lo humano. Apenas se vió Tiresias en presencia del Monarca, arrojóse a sus plantas bañado en llanto y prorrumpió en amargas frases :

—Funesto es el saber cuando no proporciona ningún provecho al sabio. Déjame, Rey, que me vuelva a mi casa que mejor será para ti y para mí. Precisamente por no descubrir tu infortunio no he de revelar yo mi pensamiento. De mí nada sabrás.

Pero Edipo se encolerizó al oír estas palabras.

—¿Cómo niegas tu benevolencia y tu don de adivinación a esta ciudad que te ha criado?

—dijo—. En actitud suplicante te pedimos que nos digas lo que sabes ¿vas a callarte haciendo traición a la ciudad y dejándola perecer bajo la peste que la aflige? ¿Quién no se irritará al oír tus palabras con las que manifiestas el desprecio que haces de la ciudad y de los que la habitan, de tu Rey y de tus dioses?

Pero Tiresias no se ablandó ante las fieras palabras del monarca.

—No me importa tu cólera ni tu furor— declaró—. Nada diré aunque me martirices.

Entonces Edipo pronunció terribles palabras.

—¿Sabes lo que te digo? — preguntó—. Que tu afán por callar te delata y que voy creyendo que eres tú el instigador del crimen y hasta el mismo asesino, aun cuando por estar ciego acaso no lo hayas cometido con tu propia mano.

Tiresias, al oír tan injustas palabras se encolerizó a su vez y lanzó contra Edipo la acusación terrible:

—Si has de castigar sin clemencia como has dicho al matador de Layo, nuestro anti-

guo Rey, ya puedes comenzar el castigo en tu misma persona. Tú eres el sér impuro que mancilla esta tierra. Tú eres el asesino de Layo a quien dices buscar.

Al oír estas palabras, Edipo se estremeció, no de dolor, sino de cólera. Se creía inocente y empezó a clamar contra el que le acusaba.

—¿Tales injurias he de tolerar yo de este hombre? — preguntó—. ¿Cómo no mando que le maten en seguida? ¿No te alejarás de aquí y te irás al último confín del mundo?

Contestó Tiresias :

—Yo nunca hubiera venido si tú no me hubieses llamado.

—No sabía que dijeras tantas necedades ; que a saberlo no me hubiera apresurado a llamarte a mi palacio.

—Muy terrible te parece lo que te he dicho, y sin embargo, no conoces todavía ni la mitad de tu desgracia ; de ella sentía pesar cuando me obstinaba en no decirte lo que sé. Pronto la sabrás, sin embargo. Pronto sabrás lo miserable que los dioses te han hecho, que privado de la vista y caído de la opulencia

en la pobreza, y aborrecido por tus propios hijos, con un bastón que te indique el camino voluntariamente te desterrarás hacia extraña tierra.

Cada nueva palabra del adivino era un puñal que se clavaba en el corazón de Edipo, quien no podía en modo alguno creer en su propia ignominia.

—¡ Mentira, mentira !—exclamó—. Hablas así porque estás confabulado con Creonte para arrojarme del trono, envidioso de mi poderío y del amor que me tienen mis súbditos.

Era Creonte hermano de la Reina, y al saber cómo Edipo le acusaba, vino a palacio para querellarse también con él. Como podía tener pretensiones al trono, imaginaba Edipo que Creonte y Tiresias habían tramado una conspiración de la que aquella acusación terrible era el punto de partida. La disputa entre Creonte y Edipo, se hacía cada vez más violenta, cuando la Reina en persona—que ignoraba como sabemos que Edipo fuera su propio hijo—llegóse a poner paz. Preguntó la Reina a Edipo la causa de su cólera y él contestó cómo le había enfurecido

la adivinación absurda y embustera del anciano Tiresias. Entonces, la Reina habló así:

—No debe entristecerte que un adivino te haya acusado como asesino de Layo. Ningún mortal posee en verdad el don de la adivinación y aun el mismo oráculo de Delfos se equivoca multitud de veces en sus predicciones. Buena prueba de ello es lo que voy a contarte y jamás te he dicho.

Muy conmovida al recordar la muerte de su esposo así como la triste suerte corrida por su único y tierno hijito, la Reina Yocasta habló de esta manera:

—Cierta oráculo predijo un día a Layo, mi esposo, que su destino sería morir a manos del hijo único que tendría en su matrimonio conmigo. Y Layo, según es fama, murió asesinado por unos bandidos extranjeros en un paraje en que se cruzaban tres caminos; y el niño que nació de mi matrimonio con el Rey, no tenía aun tres días cuando su padre lo ató por los pies y lo entregó a un criado para que lo dejara en un monte intransitado. Ahí tienes, pues, como ni Apolo dió cumplimiento a su oráculo, ni el hijo fué asesino de su

padre ni a Layo le atormentó más la terrible profecía de que había de morir en manos de su hijo. Por eso yo te digo Edipo, que no debe fiarse de las predicciones proféticas.

Escuchando las palabras de la Reina, Edipo temblaba violentamente, como la hoja en el árbol. Recordaba sus pobres pies de los que en toda la vida no había podido borrarse la señal de largas horas que permaneciera colgado por ellos en su más tierna infancia; recordaba sobre todo la terrible encrucijada en que él diera muerte, largos años hacía, a unos desconocidos. Hizo a la Reina innúmeras preguntas:

—¿Dices que Layo fué muerto en un cruce de tres caminos?

—Así se dijo y no cesa de repetirse.

—¿Cuál es la región en que aconteció el hecho?

—La región que se llama Fócida y en el punto en que se divide en dos el camino que viene de Daulia hacia Delfos.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces?

—Ello fué muy poco antes de que tú llegaras a ser Rey de este país,

Temblaba cada vez más violentamente el desgraciado Edipo. Continuó sus preguntas :

—¿Cuál era el aspecto de Layo y qué edad tendría?

—Era alto — contestó Yocasta—. Las canas comenzaban ya a blanquear su cabeza y su fisonomía parecíase por cierto bastante a la tuya.

—Dime, dime — preguntaba Edipo cada vez más angustiado—. ¿Viajaba solo o llevaba gran escolta como convenía a tan gran Rey?

Contestó Yocasta :

—Cinco eran contando al heraldo y al cochero. Un carro solo llevaba a Layo.

—¿Quién te dió tales noticias, mujer?

—El único criado que se salvó.

—¿Se encuentra ahora en palacio?

—No. Cuando a su vuelta te vió a ti en el trono, me suplicó tomándome de la mano, que le enviara al campo a apacentar los ganados, pues quería vivir lo más lejos posible de la ciudad. Y yo le envié, pues era un criado dig-

no de que se le concediera cualquier gracia.

Edipo no podía vivir ; todas las señas que la Reina le daba coincidían con las del hombre a quien él mató en la encrucijada ; sin embargo, si el único testigo que lo viera, persistía en afirmar que habían sido varios los hombres que les atacaran, claro está que aquel crimen no podía achacársele a él... Y entonces, con el corazón torturado por un torbellino de inquietudes, dió orden de que inmediatamente se buscara al pastor y se le condujera a palacio, a su presencia.

Y, he aquí que mientras los mensajeros enviados por Edipo llegaban al monte y mientras el desdichado Rey era presa de los más vivos temores, un heraldo llegó a palacio y pidió ser presentado al monarca ; venía de Corinto el heraldo ; y en su rostro reflejábese la satisfacción como de quien tiene que comunicar excelentes nuevas.

—Lo que he de deciros—dijo a Edipo—, te ha de affligir y al mismo tiempo te contentará. Los habitantes del Itsmo, según allí dicen, quieren proclamarte Rey.

Al oír esto, Edipo preguntó con renovada ansiedad :

—Pues ¿no reina allí el anciano Pólipo, mi padre?

—No ; que la muerte lo ha llevado al sepulcro.

La reina Yocasta que se hallaba presente, habló entonces a Edipo de esta manera :

—¿No te hablaba yo hace pocos momentos de la falsedad de los oráculos? Pues, he aquí cómo tu padre, de cuya patria huiste por temor a matarle cumpliendo los mandatos del destino, acaba de morir tranquilamente en su lecho, no a tus manos, sino por su propia suerte.

Edipo al oír estas palabras se tranquilizaba y aun dentro del gran dolor que le causaba saber la muerte del que le había dado el sér, la falsedad de los oráculos que parecía patente a sus ojos, le devolvía la calma y el reposo. El mensajero que venía de Corinto continuó hablando :

—Ahora que aquellos que te amaban han muerto—dijo con palabra solemne—, debo cumplir la promesa que les hice de revelarte

el secreto de tu nacimiento. Nunca fuiste hijo verdadero de Pólipo ni de Merope, sino que ellos te recibieron un día de mis manos y te estimaron como el mejor de los regalos.

Edipo al oír estas palabras, de nuevo se estremeció. Apenas se atrevía sin embargo a creerlas y habló así al mensajero :

—¿Cómo habiéndome recibido de extrañas manos pudieron amarme tanto los que yo tenía por mis progenitores?

—Por lo mucho que les afligía el no tener hijos y por haberte cogido en infancia tan tierna y tan desdichada.

Edipo continuó preguntando :

—¿Y tú de dónde me sacaste? ¿Me habías comprado o me hallaste por casualidad?

—Te encontré en las cañadas del Citerón donde yo era entonces pastor errante y asalariado y guardaba los rebaños del Rey que pacían por el monte. Fuí tu salvador en aquella ocasión, hijo mío, pues las articulaciones de tus pies estaban atravesadas por las duras cuerdas cuando yo te desaté del árbol de donde pendías.

Cuando Yocasta oyó estas palabras, cu-

brióse el rostro con las manos y prorrumpió en amargos lamentos. La desgraciada había reconocido en Edipo a su propio hijo, pues lo que el heraldo decía concordaba de un modo perfecto con la época, el lugar y la forma en que por orden de Layo había sido abandonado y expuesto a la muerte el tierno infante. Y he aquí que todo eran lamentaciones y tristezas en el palacio cuando se presentó en él, no de su grado, sino traído a la fuerza por los que habían ido a buscarle, el pastor que vivía en el monte sin bajar jamás a la ciudad, el antiguo criado a quien Layo encargara de la terrible comisión de abandonar a su hijo.

Como decimos, venía el criado temeroso y reacio, más dispuesto a morir que a decir la verdad, y en un principio se negó a confesarla, hasta que al fin, se logró que dijera todo cuanto sabía. Y confesó que, en efecto, el niño a quien él dejara en el monte Citerón, le había sido entregado por el propio Layo y había nacido en palacio y era hijo del Rey y heredero de la corona. Y dijo también cómo tan mala acción había sido cometida por el

Rey y por él porque los oráculos declaraban que aquel niño sería el asesino de su propio padre. Y siguió confesando, y en sus confesiones, declaró en toda verdad, que había sido embustero y falso en sus primeras declaraciones relativas a la muerte de su Rey, y que al decir que fuera una cuadrilla de ladrones la que les asaltara en la encrucijada donde el Monarca y sus acompañantes encontraran la muerte, lo había hecho impulsado únicamente por el temor y ante la sorpresa de encontrar a su vuelta instalado en el trono al único hombre que era el verdadero asesino.

Una negra nube de tristeza y desolación se cernió sobre el palacio de Tebas. Edipo, lanzando grandes alaridos corrió en busca de una espada, se arrojó como loco sobre las puertas de la sala nupcial en que él naciera y vió allí el espectáculo más horrible que pueda imaginarse. La reina Yocasta al ver que no otro sino su propio hijo era quien había dado muerte a su esposo amado, cumpliendo así los fatales designios de un adverso destino, se había ahorcado con sus propias her-

mosísimas trenzas, colgándose por ellas del techo. Muerta estaba ya, y fría, y al verla el desdichado Edipo lanzó un horrible rugido, desató los lazos de que su madre colgaba, y cuando en tierra cayó la infeliz, él, arrancándole los broches de oro con que se había sujetado el manto, se hirió los ojos, diciendo que así no verían más ni los sufrimientos que padecía ni los crímenes que había cometido, sino que, envueltos en la obscuridad, vivirían ya por siempre.

Y mientras así se lamentaba, no cesaba de darse golpes y desgarrarse los ojos, de los que manaba abundante sangre, tiñéndole de rojo el rostro y la barba.

Y así se quedó ciego por siempre el triste Edipo.

Y no fué esta su única desgracia. La predicción del adivino Tiresias se cumplió por entero. En Tebas, las gentes todas se apartaban de sus paso, y Creonte, que deseaba el poder, tramó contra él mil conjuras y le tendió mil lazos. Sus propios hijos, Etéocles y Polinice se le volvieron enemigos y no para-



... el triste Edipo se desterró...

ron en sus befas e injurias, hasta arrojar a su padre, no sólo del palacio real, sino que también del territorio tebano.

Cumpliendo en sí mismo la amenaza que había proferido para cuando pudiese hallar al asesino del rey Layo, el triste Edipo se deserró de su patria, y vestido como un miserable mendigo, y con un cayado en la mano, partió de Tebas, apoyado en el brazo de su fiel hija Antígona, que ni un momento quiso abandonarle. Vagando sin ventura por la tierra adelante, sirvió la delicada doncella de guía al padre ciego, anciano y desesperado; erró por las agrestes selvas, descalza y hambrienta, expuesta a las lluvias y a los ardores del sol, prefiriendo a la regalada vida de palacio, el penoso placer de proporcionar algún alimento a su padre. También su otra hija, Ismene, fué bondadosa con Edipo y fiel al amor filial, de modo que mientras los dos hijos varones permanecían en vida ociosa y regalona y se portaban como mujerzuelas, las dos valerosas doncellas cumplían con ánimo esforzado los más duros y penosos deberes.

Anda que andarás, llegaron Edipo y su hija

Antígona a una aldea del Atica, llamada Colono. Anda que andarás, cuando ya no podían dar ni un paso más se detuvieron el padre y la hija en un bosquecillo consagrado a las Euménides (1). Pronto algunos atenienses observaron con terror la presencia de un hombre en aquel lugar donde estaba prohibido a los mortales poner la planta, y quisieron a la fuerza arrancarle de allí. Mas las súplicas de la dulce y abnegada Antígona, demandando piedad para su padre, lograron apaciguar a los atenienses, quienes consintieron en conducir a aquellos caminantes extranjeros a la presencia de Teseo, su rey.

Era Teseo, monarca tan sabio como noble, justo y bondadoso. No sólo escuchó atento el relato de las penas de Edipo, sino que, al saber quién era, le abrió los brazos y le brindó su protección.

—Ningún hombre ha de sacarte de aquí contra mi voluntad—le dijo—. Confía, pues, aun sin mi decisión de ayudarte, en que acá

(1) Eunémides o deidades bienhechoras se llamó a las Furias, después que cesaron de perseguir a Orestes. Los griegos observaban cada año un día de fiesta en su honor.—Véase *Historias de Eurípides* en esta Colección.

gozarás de reposo, ya que Febo te guió hasta aquí. Y de todos modos, aunque yo no esté presente, sé que mi nombre te defenderá de todo mal trato.

En efecto, durante algún tiempo—muy breve—gozó Edipo de relativa paz en aquella tierra hospitalaria. No habían sido, no, vanas las promesas de Teseo. Mas sucedió que, en tanto, guerreaban en Tebas encarnizadamente los dos hijos de Edipo, quienes, en un principio, habían expresado su deseo de dejar el trono a Creonte y no ensangrentar más la ciudad, bastante afligida ya con tantas y tantas desgracias. Mas, de pronto, el demonio de la ambición volvió a apoderarse de ellos, los dos quisieron el mando y el supremo poder, y el más joven en edad, que era Etéocles, privó del trono al mayor, a Polinices, y lo expulsó de la patria. Polinices, entonces, corrió a la tierra de Argos, donde se casó con la hija del Rey, y obteniendo, merced a esta alianza, el favor de las gentes de aquel país, se hizo con un poderoso ejército y avanzó hacia Tebas, sembrando el terror en aquel país... Por aquel entonces, preguntados

los oráculos, declararon que sería vencedor aquel que tuviera en su territorio la tumba de Edipo.

Los hijos del desterrado, al saber esto, corrieron a Colono y trataron de convencer a su padre de que volviera con ellos: claro que cada uno rogaba por su lado, tratando de atraer al desdichado Edipo hacia el territorio en que sus tropas guerreaban contra las de su hermano. Igualmente Creonte, a la cabeza de numerosos atenienses, se presentó ante Edipo y ante Teseo, suplicando que el Rey ciego volviese a su ciudad...

Mas Edipo escuchó con horror aquellas voces que sólo el odio y la codicia hacían vibrar en palabras hipócritas. Convencido de que Creonte y sus crueles hijos no pretendían sino quitarle la protección de los atenienses y desterrarlo en un país desconocido, rechazó los ofrecimientos de unos y de otros. Sabedor también, por la predicción de los oráculos, de que su sepulcro sería prenda de victoria sobre todo enemigo para el país que lo tuviera en su territorio, quiso hacer merced de su cadáver a Teseo, su protector, y a Co-

lono, la tierra hospitalaria, única en que su planta halló reposo. Y a Teseo recurrió una vez más para que le librara de los tebanos, así de los propios como de los extraños, y en el noble príncipe encontró de nuevo protección decidida.

Entonces, Edipo comprendió que el fin de todos sus males se acercaba. Dicen que un espantoso trueno le fué anuncio de su próxima muerte. Sin guía cuyos ojos dieran dirección a sus pasos vacilantes de hombre ciego, se encaminó al lugar donde expirar debía. Con andar seguro bordeó un precipicio y, llegado a un lugar en que el camino se dividía en muchas sendas, se sentó en una piedra, se desnudó de sus vestidos de luto, y, después de pedir a sus dos hijas—que ambas le acompañaban—agua corriente y pura para lavarse y hacer libaciones, les ordenó que le vistieran como se hacía entonces con los muertos. Y les dijo :

—Ya no tenéis padre desde hoy, hijas mías, pues voy a morir dentro de muy breves instantes. En adelante, no llevaréis ya la trabajosa vida que hasta aquí habéis llevado

por acompañarme y procurarme el sustento. Ha sido muy dura vuestra suerte, hijas, pero en verdad no es posible que tengáis de otro más afectuoso amor que el que habéis tenido de vuestro padre, privadas del cuál viviréis en adelante.

Llorando se le abrazaron las dos jóvenes, que muy tiernamente demostraban amarle, y él quiso entonces que se le acercara Teseo, el rey de aquella hospitalaria tierra.

—¡ Oh, querido Teseo! —le dijo con voz conmovida por la gratitud— dame tu mano como garantía de antigua fidelidad para mis hijas, y promete que jamás las traicionarás voluntariamente, sino que harás cuanto en tu benevolencia llegues a pensar que les ha de ser útil siempre.

Y el noble Rey prometió solemnemente lo que el triste Edipo le pedía. El Rey errante, tras volver a besar con gran ternura a sus dos hijas, les rogó que de allí se apartaran, y que sólo Teseo quedara a su lado. Ellas obedecieron.

Dice Sófocles en su tragedia que tembló entonces la tierra y que se entreabrió suavemen-

te para tragar a Edipo, sin violencia y sin dolor, ante los atónitos ojos de Teseo, el único que supo el secreto de su muerte y conoció el lugar de su sepultura.

Tal fué el fin de Edipo, rey, el más desdichado entre los hombres.

Su raza, cumpliéndose la predicción del oráculo, se extinguió : Etéocles y Polinice, sus hijos, a fin de evitar mayor derramamiento de sangre entre los pueblos, pidieron pelear en singular combate en presencia de los dos ejércitos, y se mataron el uno al otro. Dícese que el rencor que se tenían los dos hermanos era tan grande, que hasta las llamas de la hoguera en que juntos se quemaron sus cuerpos, se separaban, por no ir ellos unidos ni aun en la muerte.

Creonte, que subió al trono a la muerte de los hermanos, concedió honor de sepultura a las cenizas de Etéocles por haber peleado contra los enemigos de su patria. Mandó, en cambio, que las de Polinice fueran arrojadas al viento por haber atraído a su patria un ejército de extranjeros. La dulce Antígona, al saber la muerte de sus hermanos, volvió a

su patria y quiso dar sepultura a las cenizas de Polinice. Mas, sabedor el tirano de que sus órdenes habían sido quebrantadas, hizo que algunos satélites vigilaran a Antígona hasta hallarla llorando sobre la tumba de su hermano. Conducida la joven a la presencia de Creonte, éste le preguntó :

—¿Por qué has hecho eso? ¿Cómo te has atrevido a desobedecer a las leyes?

Y la doncella repuso :

—He obedecido a las leyes que no están escritas.

Creonte condenó a Antígona a ser enterrada viva, muerte horrorosa que la infeliz evitó ahorcándose. Hemón, hijo del rey Creonte, que se había enamorado locamente de la joven, se dió muerte también, sobre el cuerpo de ella. Que así seguía el rastro de horrores de la triste vida de Edipo...

III

LAS TRAQUINIAS (1)

La princesa Deyanira, hija de Eneo, rey de Calidonia en Etolia, era tan hermosa, que los héroes más valerosos del orbe se disputaban su amor. Entre ellos, los más obstinados en pretender los favores de la joven princesa eran Hércules, el esforzado semidiós, hijo de Júpiter, y Aquelao, hombre extraño y poderoso que bajo tres formas distintas solicitó a la joven de su padre. Ya se presentaba a pedir la mano de la doncella convertido en un verdadero toro, ya en forma de abigarrado dragón, ya en figura de hombre con cabeza de buey. En realidad, Aquelao, o Aqueloo, como los antiguos le llamaban, era un

(1) Llámase así esta tragedia de Sófocles por suceder en Traquinea y llevar en ella la voz cantante o peso de la acción, como entonces era costumbre, el coro, que estaba formado por mujeres jóvenes y matronas de la ciudad. Estas son las traquinias que dan nombre a la tragedia.

río que se había prendado violentamente de la joven al contemplarla bañándose en sus orillas. Por ello, cuando adoptaba la figura de hombre, brotaban de su hirsuta barba dos fuentes de agua viva.

Nada de particular tiene que la joven Dejanira prefiriera morir antes que otorgar su mano a tan extraño pretendiente. Por ello vió con gan regocijo de su corazón las pretensiones de Hércules, en quien confió que luchando con el monstruo para siempre la librara de él. También, ya a su vez prendada del semidiós, que era tan arrogante y hermoso cuanto esforzado y valiente, temió por su vida, temblando que pereciera en las astas del toro, en las fauces del dragón o en las aguas del río. Por tres veces luchó Hércules por su enamorada con Aquelao, y por tres veces fué Aquelao vencido por Hércules, quien triunfó sobre el río, sobre el dragón y sobre el toro.

El más fiero combate fué el del toro. Oíase el rechinar de las flechas al chocar con los cuernos, veíase a Hércules echar, además de las armas, las manos y eran de ver los asaltos

que los dos combatientes se daban y los mortales golpes que en la frente se inferían y los rugidos que uno y otro exhalaban. En medio de la arena, la diosa Venus era el único juez del combate. En un montecillo que se divisaba a lo lejos, la hermosa y tierna princesa aguardaba, bañada en lágrimas, al que había de ser su marido, pues no hay que decir que su mano era el premio del combate. Y ya queda dicho cómo venció Hércules. Entonces la princesa Deyanira le fué concedida por esposa.

Con el ánimo alegre volvían los jóvenes esposos, Deyanira y Hércules, a la patria de éste, cuando les detuvo en su camino la crecida del gran río Eveno, sumamente engrosado por las lluvias. Detuviéronse un momento los esposos a deliberar qué podrían hacer, pues aunque para Hércules era cosa sencilla atravesar el río, no lo era igualmente para su tierna esposa. El centauro Neso (1), que allí estaba, se ofreció a pasar a Deyanira sobre sus lomos. Hércules consintió en ello y para

(1) Los centauros eran según la historia, unos monstruos mitad hombre, mitad caballo, nacidos según unos del Centauro hijo de Apolo y de las yeguas de Magnesia, y según otros, de Ixión y de una nube.

mostrarles el camino mejor, fué el primero en pasar el río. Al llegar a la orilla opuesta, vió que el centauro, en vez de pasar a Deyanira rápidamente, se detenía en mitad del río y pretendía besarla. Lanzó un grito la joven esposa de Hércules y en seguida el hijo de Júpiter, volviéndose, lanzó con rápida mano desde la otra orilla una de sus flechas aladas y mortales que, silbando, atravesó el pecho del centauro y fué a clavársele en los pulmones. Moribundo el centauro, habló así a la joven :

—Hija del anciano Eneo : tú que eres la última a quien yo paso por este río, podrás obtener gran provecho de mí si crees mis palabras. Si coges con tus manos, del sitio por donde me ha entrado la flecha impregnada del negro veneno de la hidra de Lerna, la sangre coagulada de mi herida, y tiñes después con ella una túnica, poseerás para siempre mágico encanto sobre el corazón de Hércules, tu esposo ; pues en pudiendo persuadir a tu marido de que vista esa túnica, a todas las otras mujeres despreciará y a ninguna gustará de ver más que a ti. Mas ten cuidado

antes de dar la túnica a tu esposo de que él nada sepa de esto que te digo y de que la túnica teñida con mi sangre no se acerque al fuego antes que él la vista.

Crédula la esposa, y deseosa sobre todo de conservar indefinidamente el amor y la fidelidad de su marido, recogió cuidadosamente la túnica ensangrentada del centauro Neso, la guardó en su seno y ayudada por Hércules, pudo al fin pasar a la otra orilla.

Y llegaron al fin adonde iban y fueron felices Deyanira y Hércules y tuvieron muchos hijos... Mas llegó un momento en que fué preciso a Hércules separarse de su esposa para ir a cumplir los penosos y esforzados trabajos que se le encomendaron (1).

Allí acabó la felicidad de los esposos, pues sólo muy de tarde en tarde llegaba Hércules

(1) Los famosos trabajos de Hércules fueron doce, según numerosos mitólogos: Combatir contra el León de Nemea, Domeñar a la Hidra de Lerna, Cazar el jabalí de Erimanto, Matar la cierva de los pies de cobre, Librar la Arcadia de las aves del lago Estínfalo, Domar el Toro de la isla de Creta, enviado por Neptuno contra Minos, Robar las yeguas de Diomedes, castigando la crueldad de este rey, Vencer a las Amazonas, Limpiar los establos de Augias, Combatir contra Gerión y llevarse sus bueyes, Robar las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, Y sacar a Teseo de los infiernos. Se le atribuyen también otras muchas acciones portentosas. Véanse si se quiere, los trabajos de Hércules en la colección Araluce, el tomo *Historias de Eurípides*. (Hércules furioso).

a ver a Deyanira, la cual con sus hijos alojábase como una extranjera desterrada en Traquínea. Siempre la desgraciada princesa estaba sola con sus pesares ; siempre temiendo alguna fatal noticia de su esposo, que a tan grandes peligros se aventuraba. Cierta día, habiendo llegado Hércules a Traquinea para ver a su esposa, anuncióle que iba de nuevo a marcharse, pero que aquella sería su última expedición. Alegróse ella mucho pensando que si conseguía vencer aquel último peligro ya estaría salvo su marido, mas no dejó de afligirse al ver que él le entregaba una antigua tablita en la que había escrito su última voluntad, cosa que antes, en las expediciones anteriores, no hiciera nunca, como si estuviera seguro de que no iba a morir. Mas esta vez, como si su seguridad no fuera tanta, indicó a la joven la parte de los bienes que debía heredar por ser su esposa, manifestó también la que del campo paterno asignaba a cada uno de sus hijos, y fijó para que ella y ellos entraran en posesión de tales bienes, el plazo de un año y tres meses después de que él, Hércules, se ausentara del país, pues estaba

seguro de que, o moriría en ese tiempo, o si pasaba de él viviría hasta el fin de larga existencia en completa seguridad. Así los dioses habían decretado el fin de los trabajos hercúleos y así fué anunciado en Dódona por medio de dos blancas palomas.

Y marchóse Hércules y quedó Deyanira, no obstante las buenas nuevas, en mayor inquietud y zozobra que antes. Un oculto presentimiento decíale que no vería más a su esposo, y a medida que se acercaba el plazo marcado para su regreso, su angustia era mayor. Vanamente la consolaban sus siervas, rodeándola de los mayores cuidados y de la más tierna solicitud; vanamente sus hijos esforzábanse también por hacerle la vida grata y amable. Ella sólo pensaba en el esposo ausente y en el plazo que se acercaba sin que él hubiera vuelto. Al fin, cuando ya había pasado un año y dos meses y medio desde la partida de Hércules, decidió Deyanira que su hijo mayor, el tierno Il-lo, fuera en busca de su padre. Aceptó el joven y se dispuso a marchar.

Apenas tenía los preparativos del viaje he-

chos, cuando un gran ruido de trompetas anunció que un heraldo se acercaba. Antes que éste, llegó al palacio de Deyanira un mensajero cubierto de sudor y casi muerto de fatiga. En su rostro resplandecía la alegría.

—Quiero ser yo, mi señora Deyanira—dijo el mensajero—el primero en librarle con mis noticias de tu inquietud. Sabe que tu esposo vive y que, victorioso, está en este momento ofreciendo las primicias de su triunfo a los dioses de este país. No tardará en llegar a tu palacio, pues, tu muy querido esposo, lleno de gloria y con el esplendor del triunfo.

Apenas Deyanira creía en tanta dicha. Temblaba, reía y lloraba de gozo y con las manos juntas suplicaba al mensajero le dijese de dónde sabía él tan gratas nuevas. Dijo el mensajero :

—En el prado donde pacen los bueyes está Lica, el heraldo, contando estas nuevas a todos cuantos quieren oírlas ; en cuanto yo las escuché me vine corriendo para ser el primero en darte la noticia.

—¿Y cómo no viene el propio Lica?—preguntó Deyanira.

Contestó el mensajero :

—No es tan fácil como crees, mujer, porque todo el pueblo le rodea acosándole a preguntas y sin dejarle pasar adelante. Todos quieren saber los trabajos de Hércules y oír de boca de quien los ha presenciado, el modo que tu esposo hubo de obtener tanta victoria. Y no le sueltan hasta que no les satisfaga la curiosidad. Si tarda no es por su gusto, sino por el de los que le rodean ; pero pronto le verás en tu presencia.

Cánticos dulcísimos resonaban en todo el palacio ; las siervas de Deyanira y las mujeres de la ciudad entonaban gozosamente la inesperada alegría del regreso de Hércules. Y he aquí que en esto estaban, cuando se vió llegar al heraldo Lica seguido de un gran cortejo de mujeres y hombres. Deyanira se adelantó a él y le preguntó, todavía con gran ansiedad :

—Dime, Lica, amabilísimo varón, si volveré a ver a Hércules vivo ; dime también por qué no está ya a mi lado.

—Lleno de fuerza, salud y robustez, sin que le aqueje ninguna enfermedad, le he dejado — contestó Lica—. No viene conmigo

porque está en un promontorio de Eubea, donde ha erigido altares en cumplimiento del voto que hizo para cuando se apoderara con su lanza del país, que ha devastado, de estas mujeres que ves ante tus ojos.

Miró Deyanira a las mujeres y las vió llorando amargamente, como princesas esclavizadas y conducidas a tierra extranjera. Mucha pena le dió a Deyanira la suerte de aquellas infelices que, hijas de hombres libres, arrastraban ahora la vida de la esclavitud. Mucha lástima le inspiraron aquellas desgraciadas en país extraño, sin hogar, sin padre y errantes. Pero la que más pena de todas le inspiró fué una joven, tan hermosa como el mismo sol, de noble porte y continente regio, que no profería una queja ni exhalaba un grito, mientras gruesas lágrimas salían de sus ojos bellísimos y surcaban sus delicadas mejillas. Preguntó entonces Deyanira a Lica :

—¿De qué familia es esta extranjera? ¿Quién es su madre? ¿Quién su padre? Dímelo, que es la que más lástima me inspira al mirarla, por ser la única que sabe soportar su suerte con dignidad.

Y contestó Lica :

—¿Qué se yo de eso que me preguntas? Acaso sea hija de uno de los nobles de aquel país.

—Más bien parece hija de un monarca.

—¿No lo será de Eurito? ¿No has oído siquiera su nombre a alguna de las compañeras?

—No—repuso Lica, que parecía muy confuso—. He cumplido en silencio mi cometido.

Entonces Deyanira se acercó a la cautiva y trató de hacerla hablar, pero la joven, fuera porque no conocía el lenguaje de aquel país, o porque estaba tan afligida que las lágrimas se agolpaban a su garganta sin dejarla hablar, no contestó palabra a las súplicas de la esposa de Hércules. Entonces Deyanira le dijo :

—No quiero añadir la pena de mis ruegos a tu desgracia ; bastante tienes con lo que sufres, desgraciada. Entra, pues, en mi palacio si así te place y dispón de mi casa como si la tuya fuera.

Y había entrado la joven, que era hermosísima, en el palacio de Hércules, y se disponía Deyanira a entrar tras ella acompañada

de las traquíneas y de cuantos allí estaban, cuando el mensajero que había llegado primero a darle la noticia del regreso de su marido, la hizo detenerse.

—Escucha, mujer—le dijo—. Deja que los hombres entren en palacio y también las cautivas, pero escucha tú con tus damas lo que debo decirte.

Sorprendida Deyanira se detuvo e invitó al mensajero a que hablase sin ocultarle una sola palabra de la verdad.

—Ese hombre, ese Lica—declaró el mensajero—o es ahora un mentiroso o lo fué antes. Pues acaba de decirte que nada sabe de esa joven tan hermosa y hace poco le oí yo contar delante de muchos testigos, que por ella se apoderó Hércules, tu esposo, de Eurito y de Ecalia, la ciudad de las altas torres, y que Amor fué el único entre todos los dioses, que le fascinó para que se lanzara a semejante empresa. Y ahora, si aquí te la envía, no es como esclava ni como cautiva, sino como enamorada, porque trastornado tiene el juicio por ella. Lica te ha ocultado todo esto temiendo a tu natural celoso, pero yo creo que es mi de-

ber enterarte de ello, ya que en medio de la plaza de los traquíneos lo ha escuchado todo tu pueblo.

Al oír estas palabras, Deyanira que era celosísima, prorrumpió en gritos y lamentos, y quiso, ante todo, saber el nombre de la desconocida, de la rival que sin darse cuenta había introducido en su casa. Otra vez habló el mensajero :

—Esa joven que, en verdad, es hermosísima por su cara y por su talle, es hija legítima de Eurito y se llama Yola, cosa que Lica no ha querido decirte.

Cada nueva palabra que el mensajero pronunciaba, era un puñal que se clavaba en el corazón de la desdichada Deyanira. Tan ciega estaba, que no quería detenerse a saber si las nuevas del mensajero eran falsas ni tampoco si la fantasía de las gentes había ido dando cuerpo a aquel rumor que tal vez no fuera verdadero. Como enloquecida llamó a Lica inmediatamente, le increpó por su falsedad, y le amenazó con las más duras penas y tormentos que imaginarse puedan. El noble Lica temblaba ; en vano protestaba de que él no

sabía acerca de la joven, otra cosa que la que había declarado y en vano trataba con suaves palabras de calmar los celos de la esposa de Hércules. Viendo que por la violencia nada conseguía, Deyanira, que, como mujer celosa era astuta, procuró calmarse y habló a Lica con palabras al parecer sensatas.

—¿Crees acaso que si me dices la verdad he de asustarme? Bien sé que la hermosa desconocida no ha de ser nunca la esposa de Hércules; bien sé que su hermosura no ha de hacerle olvidar la mía, y que si quiere tenerla en nuestro palacio es únicamente para ornato de él. Tan poco enojada estoy con Hércules como contigo, a no ser por tu mentira, que si me dices verdad prometo enviarle a mi marido, no la manifestación de mi rencor y mis celos, sino los presentes más ricos y codiciados.

Al oír Lica estas sensatas palabras, se ablandó su ánimo, y temiendo que la mentira fuese más perjudicial para su amo y para él que la verdad, confesó a la celosa Deyanira que, en efecto, la belleza de Yola había traspasado de impetuoso amor el corazón de Hércu-

les, quien por hacer cautiva a la doncella y no separarse ya de ella jamás, había devastado el país de Ecalia.

Cuando Deyanira oyó esto, sintió que el corazón se le rompía; la venganza que ya había empezado a apuntar en su deseo, se le presentó clara e irresistible y ya no descansó hasta poder realizarla. Mas, precisamente, para llevarla a cabo, en lugar de volver a sus lamentaciones, quejidos y denuestos, se mostró tranquila y resignada.

—Entremos en palacio Lica, para que te lleves mi mensaje y también los regalos con que debo corresponder a los que de parte de mi esposo me has traído. No está bien que te vayas de mi lado con las manos vacías después de haber venido con tan rico cortejo.

Y entraron todos en palacio y la celosa Deyanira contó a las traquíneas, sus servidoras y amigas, cómo los presentes que quería enviar a Hércules, no lo eran de amor sino de venganza. Mientras escuchaba las palabras del mensajero y de Lica, la infeliz había recordado la túnica que le regalara el viejo centauro Neso y que, según éste le había dicho, era

un filtro con el cual una sola vez lo vistiera Hércules, jamás se fijaría en otra mujer que en su esposa. La desgraciada, cediendo en sus ideas de venganza a otras de defensa, pensaba que gracias a aquel regalo del centauro, nada tendría que temer de la hermosa Yola, pues cuando Hércules llegase vestido con la túnica al palacio de su esposa y de sus hijos, el encantamiento habría hecho su efecto, y en lugar de mirar a la hermosísima hija de Eurito, no tendría ojos ni miradas ni amor más que para Deyanira. Fué, pues, casi gozosa en busca de la túnica y llamando a Lica, le dijo :

—Lleva de mi parte esta túnica de fino y delicado tejido que, como regalo de mis propias manos, envió a mi esposo. Y al dársela, adviértele que ningún mortal antes que él, debe vestirse el cuerpo con ella. Y que procure que no le vea al tejido ni la luz del sol ni la del sagrado recinto del templo ni la llama del hogar, hasta que él se adorne con ella cuando públicamente se presente ante los dioses en el día que haya de inmolar los toros ante el ara. Dile también que así tenía yo pro-

metido durante los largos días de ausencia y de temor, que cuando viera volver a mi esposo sano y salvo o supiera de cierto su venida, lo haría revestirse con esa túnica sagrada. He aquí también mi anillo para que no pueda dudar de que es su esposa quien le envía tan primoroso regalo.

Y se alejó el mensajero y llegó al promontorio de la Eubea en donde Hércules, agradecido a los dioses por las victorias conseguidas estaba levantando altares a Júpiter. Il-lo, el hijo de Deyanira y de Hércules, se había adelantado a encontrar a su padre y le ayudaba en su sagrada tarea.

Disponíase Hércules a inmolar las víctimas para los sacrificios que aquella primitiva religión exigía, cuando llegó el heraldo Lica.

—He aquí, Hércules, el regalo que tu esposa Deyanira te manda. Quiere que vistas esta túnica para hacer los sacrificios, con lo que serás más grato a los dioses, pues a ellos lo prometió así tu esposa en los días de ausencia y de temor.

Muy contento Hércules, besó el tejido que imaginaba labrado por las manos de su espo-

sa, se lo vistió según los deseos de ella por Lica expresados, y comenzó el sacrificio de doce hermosos bueyes, que eran los mejores del botín. Después, en conjunto, añadió hasta cien bestias, que arrojó según era costumbre entonces, en la pira. Al principio oraba el desgraciado Hércules con el corazón lleno de piedad y gozoso con el adorno de la túnica que su esposa le enviaba. Mas, cuando se levantó la roja llama de las víctimas y de la resinosa encina, todos los que allí estaban presenciaron algo maravilloso y terrible. El sudor empezó a brotarle abundante por todo el cuerpo y la túnica mortífera se pegó a los costados de Hércules, adaptándose tan perfectamente a todos sus miembros, como si estuviera adherida a una estatua. Después le entró por los huesos un terrible picor que le desgarraba y luego unos dolores espantosos, como si el veneno de una víbora le consumiera. Entonces el desgraciado Hércules comprendió que estaba herido de muerte y que la túnica era causa de ello, increpó al desdichado Lica, y el infeliz, que nada sabía, repitió que la túnica no era sino el regalo que



... Hércules cogió a Lica por un pie...

el amor de Deyanira le había encomendado.

Al oírlo, transido de dolor y retorciéndose en violentas convulsiones, Hércules cogió a Lica por un pie y con su fuerza maravillosa, lo arrojó contra una peña, donde quedó muerto. Todo el pueblo que allí se congregaba para presenciar los sacrificios, dió gritos de horror, deplorando la enfermedad del uno y la muerte del otro. Y nadie se atrevía a acercarse delante del héroe, que ya se revolvía por el suelo, ya daba grandes saltos en el aire gritando y lanzado violentos ayes. Repercutían sus voces en los rocosos montes, y en los altos promontorios y cuando al fin quedó abatido, después de revolcarse por el suelo y de maldecir de sus tristes bodas, comenzó a derramar amargas lágrimas, y clavando la vista en su hijo Il-lo, le habló así :

—¡ Oh, hijo mío ! Acércate y no me abandones en mi desgracia, aun cuando sea preciso que muriendo yo mueras tú conmigo. Sácame fuera de aquí ; y ante todo, déjame en un sitio donde ningún mortal presencie el horror de mi muerte. Y si me tienes piedad,

sácame de esta tierra cuanto antes para que no muera en ella.

Apenas dijo estas palabras, Il-lo, ayudado de algunos amigos fieles a Hércules, lo puso en un esquife y sin que dejara de rugir y de revolcarse, lo transportaron a la tierra donde Deyanira lo aguardaba.

¡Desgraciada Deyanira! Apenas hubo oído esta triste nueva de boca de su propio hijo, comprendió cuán grande había sido su error y no se le ocultó la más mínima parte de verdad de cuanto había acontecido. Forzoso le fué pensar que no son nunca propicios a dar frutos de amor los regalos del odio, y que Neso, el cruel centauro a quien la flecha de Hércules quitó la vida, la había engañado cruelmente para vengarse del héroe. Instrumento de su venganza eran los celos de la mujer que el centauro astuto comprendía que no dejarían de atormentarla un día u otro. Por ello empapó la túnica en la sangre envenenada por la flecha, sabiendo que cuando Deyanira, deseosa de conservar el amor de Hércules por encima de todas las otras mujeres, la

ofreciera a su esposo, le ofrecería la muerte con ella.

Moribundo y maltratado por los más crueles dolores, fué introducido Hércules en su palacio y donde debieron resonar las flautas y aclamaciones de la victoria, se escucharon sólo fúnebres y dolorosos lamentos. Deyanira, enloquecida, se abalanzó hacia el lecho donde habían colocado a su esposo, lo besó llorando amargamente, y desnudándose después el costado, se hirió en él con una espada de dos filos y quedó muerta en el acto. Viéndose privado a un tiempo de su padre y de su madre, Il-lo lloraba amargamente, mientras Hércules entre lamentos y quejidos daba a su hijo consejos para después que él hubiera muerto.

—Escucha, hijo. A mí me fué anunciado por mi padre, hace ya tiempo, que no me mataría ningún hombre viviente, sino quien muerto ya, fuese habitante del infierno. Así me ha sucedido según la predicción divina, ya que como decís, no es mi esposa quien me mata, sino el fiero centauro que la engañó y que a mí, vivo, me ha matado después de

él muerto. Una vez me veas frío e inmóvil, es preciso que me conduzcas con tus propias manos y con los amigos que necesites, a la elevadísima cima del monte Eta, consagrada a Júpiter, y que allí, después de podar el abundante bosque de encinas, de profundas raíces y de cortar gran cantidad de olivos silvestres, pongas encima de la pira mi cuerpo y le prendas fuego con la llama de encendido pino. Esto debe hacerse porque así lo quieren los dioses y debe hacerse sin gemidos ni lloros, sin que derrames una sola lágrima, tal como debe mostrarse un valiente, hijo del Héroe más grande del mundo. Asimismo quiero que tomes por esposa a Yola, la hija de Eurito, que ha sido por mí cautivada y traída a nuestro país. Y, asimismo, que entregues a Filoctetes, mi amigo, las flechas y el arco que me pertenecen y que nadie sino tú, él y los que por necesidad te acompañen hasta la cima del Eta, sepáis dónde están mis cenizas y guardéis para todos los demás el secreto.

Y después de pronunciadas estas palabras, Hércules quedó muerto.

FILOCTETES

Era Filoctetes uno de los héroes más célebres de su época. Fué fiel compañero de Hércules, el semidiós, quien le amó mucho en vida y al morir le dejó por heredero de su arco y sus flechas invencibles. Mas antes de expirar, obligóle a jurar que jamás descubriría el lugar donde se hallaba depositado su cuerpo.

Al llegar el momento de partir los griegos para Troya (1), el oráculo de Delfos les notificó que para ganar la ciudad era preciso que se posesionaran de las flechas de Hércules. Sabían los griegos que el mejor y único amigo del héroe era Filoctetes y no se les ocultaba que él debía conocer el lugar donde estaba el cuerpo de Hércules y sus armas. Fué llamado, pues, Filoctetes, a presencia de

(1) Véanse las causas de la guerra de Troya y la historia de esta en el tomo *La Iliada* de esta misma Colección.

Menelao y de Agamenón, mas él se resistió a decir su secreto. Los más encontrados sentimientos luchaban en su alma ; de una parte no quería violar su juramento ; de otra, no quería privar a los griegos en tan difícil trance de las ventajas que las flechas de Hércules debían proporcionarles, ya que sólo ellas les darían la victoria. Se resistió, pues, pero casi inconscientemente dijo su ademán lo que callaron sus labios. Ni una sola palabra pronunció. Mas su pie avanzó señalando un lugar. Era el lugar donde Hércules estaba enterrado. Después de descubierto esto, ya no tuvo inconveniente Filoctetes en declarar que el arco y las flechas estaban en su poder y que jamás a nadie ni por nada las entregaría.

Poseyendo, pues, Filoctetes las flechas, no queriendo darlas y siendo ellas indispensables para alcanzar definitiva victoria sobre los troyanos, decidieron los griegos que Filoctetes les acompañara a Troya. Mas he aquí que el juramento violado no quedó sin castigo ; una de las mismas flechas de Hércules, disparada por el que ahora era su dueño contra los troyanos, rebotó de modo que vino a

caer sobre el pie de Filoctetes, sobre el mismo pie que, indiscreto, había señalado el lugar donde el cuerpo de Hércules yacía.

Atravesando la terrible arma mortal el pie de Filoctetes, produjo en él una úlcera espantosa e incurable que jamás se cerraba, que manaba continuamente sangre y pus, que producía al infeliz dolores desgarradores e irresistibles y que, en fin, despedía un mal olor tan repugnante, que cuantos estaban en torno del guerrero no podían resistirlo.

Primero trataron los griegos de hacer que los médicos del ejército curaran la úlcera de Filoctetes, pero pronto se convencieron de que ello era imposible. Por tal de llevar a las batallas el arco y las flechas de Hércules, llevaban a Filoctetes con ellos, y he aquí que cuando estaban en lo más duro de la pelea, clavábanse en el infeliz los más agudos dolores y comenzaba él a gritar y a quejarse de modo tan horrible, que pronto advertía al enemigo de la situación del ejército griego. Igualmente era imposible ocultar el lugar donde se hallaba el campamento, ni preparar emboscada alguna a los troyanos, pues los gemidos, los

gritos, los alaridos, los ayes de dolor de Filoctetes se elevaban de noche y de día y denunciaban su presencia. Tampoco podían los griegos celebrar consejos ni orar con tranquilidad escuchando aquellos gritos. Al mismo tiempo, el hedor que el pie de Filoctetes despedía, molestaba tanto a los soldados que les acobardaba. Y, por otra parte, la continua presencia de aquel inmenso dolor, quitaba a todos arrojo y valentía.

Por esta causa el prudente Ulises, temiendo que la presencia de aquel hombre, en vez de darles la victoria les acarreará mayores males, se embarcó con él, y con unos cuantos hombres, en una nave de afilada proa y le condujo a la isla de Lemnos. Hubo gran marejada la noche en que hicieron la travesía, y al arribar a la isla, Filoctetes, que iba engañado por el astuto Ulises, se durmió profundamente, pues tan sólo el sueño mitigaba sus sufrimientos. Los griegos, entonces, cuando le vieron dormido al abrigo de una roca de la orilla, le abandonaron, marchándose en la nave y dejando allí al infeliz, como a un mendigo, sin otro caudal que unos andrajos, un poco

de comida y el arco y las flechas, de las que, ni aun para dormir, consentía en separarse.

No hay que decir cuánto fué el llanto del desgraciado al despertar y cómo se quejó de su desgracia al ver que las naves gobernadas antes por él, se habían ido todas, dejándole allí sin esperanza de retornar a tierra habitada. Porque la isla era solitaria, sin alma humana que pudiera servir al desgraciado ni aliviarle en el sufrimiento de su enfermedad.

A medida que pasaba el tiempo, eran los dolores del desgraciado más intensos, así como era mayor su amargura por la injusticia de los hombres y el duro trance en que se hallaba. Cojeando, arrastrándose casi, llegó a encontrar una lóbrega cueva, de la que se hizo su vivienda miserable. Cuando los escasos alimentos que los guerreros le habían dejado se hubieron consumido, tuvo, acosado por el hambre, que salir en busca de caza. No dejó de encontrarla, pues el arco de Hércules era siempre certero y mortal, por lo que Filoctetes hería en el vuelo a las palomas salvajes, que le proporcionaban sustento, lo mismo que otras aves del aire. Mas una vez

caída la pieza, derribada por la flecha cierta, el mismo Filoctetes tenía que correr a buscarla, haciendo lamentables eses y arrastrando su desdichado pie, lo que le ocasionaba los más crueles dolores. Asimismo, cuando sentía necesidad de beber o le era preciso reunir alguna leña para calentarse en los duros días de invierno, iba en busca de agua o de troncos arrastrándose miserablemente por entre las peñas, montes o barrancos. Cuando no tenía fuego, frotando piedra con piedra sacaba con gran fatiga la oculta lumbre, que siempre le salvaba de morir, y así iba viviendo, logrando a duras penas cuanto necesitaba, excepto la curación de la llaga. Y así pasaban los días, los meses y aun los años, para el desdichado.

Como queda dicho, era la isla completamente solitaria. Ningún navegante abordaba a ella voluntariamente, pues no era camino en que pudiera hacerse ganancia con el comercio ni tampoco había lugar alguno donde guarecerse. No navegaban, pues, hacia ella los expertos marinos, si bien algunos solían abordar contra su voluntad a causa de las tormen-

tas o por haber perdido la ruta. Los que así arribaban no dejaban de ver al solitario Filoctetes, y oyéndole el relato de su desgracia se compadecían de él y le dejaban algo para comer, así como también algún vestido. Mas ninguno, absolutamente ninguno, atendía a los ruegos del infeliz cuando éste les suplicaba con lágrimas en los ojos, que quisieran conducirlo a su patria; temían todos, sin duda, las molestias que la enfermedad del desgraciado les acarrearía, así como les horrorizaban el repugnante olor que se desprendía de la llaga de su pie y los ayes espantosos que Filoctetes no podía reprimir en las agudas crisis de su sufrimiento. Estos navegantes llegaban muy de tarde en tarde. Acaso dos, acaso tres barcos pasaron por la isla durante todo el tiempo que Filoctetes permaneció en ella. Y he aquí que Filoctetes vivió diez años largos, día tras día, en tan mísero estado.

Diez años también pasaron los griegos delante de los muros de Troya. Quien lea «La

Ilíada», sabrá cómo el valor indomable de ambos combatientes, griegos y troyanos, hacía imposible la victoria de una u otra parte; sabrá también cómo los dioses del Olimpo inclinábanse en tan largo tiempo ya hacia un lado, ya hacia otro, favoreciendo unos a Héctor, el de Troya, y otros a Agamenón y Menelao, los reyes de Grecia; y sabrá, además, cómo el enojo de Aquiles mantuvo indecisa la victoria durante un gran espacio de tiempo, y como, al fin, vuelto aquel héroe a las armas, murió en la contienda.

Y así habían pasado diez años. A su pesar recordaron entonces los griegos la injusticia cometida con Filoctetes; en verdad no por compasión del desdichado, sino porque la larga dilación de la victoria les hacía pensar en el antiguo oráculo, según el cuál, sólo con las flechas de Hércules—que Filoctetes poseía—podría vencerse a los troyanos de modo definitivo. Pero otra cosa también había dicho el oráculo, y era ésta que tales flechas habrían de ser disparadas por un héroe que no hubiese ido a Troya en la expedición de los griegos. Reunido el Consejo de los ancia-

nos y dispuestos a descubrir cuál héroe pudiera ser aquel a quien el oráculo se refería, a una designaron todos al joven Neoptolemo o Pirro, hijo del propio Aquiles, y a quien éste dejó en su casa al partir para Troya en la primera expedición, pues era entonces sólo un niño de ocho años. Contaba, pues, a la sazón, dieciocho, y los nobles guerreros griegos decidieron ir en su busca para llevarlo a Troya y probar si era él, en efecto, el designado por los dioses para rendir a la heroica ciudad. Mas si el oráculo había de cumplirse por entero, érales precisa también la posesión de las flechas de Hércules, y éstas se hallaban en la cueva de Lemnos en poder del desdichado Filoctetes. ¿Estaría éste muerto o viviría aún? ¿Sería posible qué todavía no hubiera sucumbido a su fiero destino? Imposible parecía. Y si existía aún: ¿cómo recibiría a los griegos, que de modo tan cruel habíanse con él portado? Para que quisiera seguirles, para que quisiera darles las armas codiciadas, era indispensable atraerle con engaños. Así, por lo menos, lo aconsejó el prudente y astuto Ulises, quien decidió que Neoptolemo fuese el encar-

gado de realizar el engaño cerca de Filoctetes. Como el jovenzuelo no había ido en la expedición primera de los griegos a Troya, Filoctetes le desconocía; no desconfiaría, por tanto, de sus palabras y de sus promesas, como lo hubiera hecho de cualquiera de los otros griegos.

En un barco de afilada proa, dirigióse allá Ulises en compañía de Neoptolemo y de numerosos marineros que tripulaban la nave. El hijo de Aquiles era hermoso como un semidiós, valiente como su padre, inocente e incapaz de engaño como un tierno corderillo. No sabía qué intento impulsaba a Ulises a llevarle a aquellos lugares; mas, admirando el valor y la prudencia de los hombres que al lado de su padre pelearan, les seguía sin ninguna protesta y sin ninguna pregunta.

Y llegaron al fin a la orilla de la isla de Lemnos. Ulises deseaba permanecer en la sombra y que sólo Neoptolemo avanzara en busca de Filoctetes; así, pues, le instruyó debidamente antes de separarse de él. Habían llegado delante de una cueva que Ulises creyó reconocer.



Penetra en esa cueva, hijo mío —

—Penetra en esa cueva, hijo mío—dijo a Neoptolemo—, y mira si está horadada por dos partes, de tal modo, que mientras en invierno deja que el sol penetre por sus dos bocas, en verano transporta la brisa de una a otra parte en toda su extensión. Acércate y dime lo que hay dentro.

Se acercó Neoptolemo a la cueva, tal como Ulises le decía.

—Vacía está la habitación, que reconozco como la que tú me has dicho; pero no hay en ella hombre ninguno.

—¿Y no hay dentro comodidad alguna que la haga habitable?

Volvió el joven a mirar dentro de la cueva; observó un momento y respondió:

—Veo un apelmazado montón de hojas como si en él durmiera alguien. Veo también un vaso de madera de forma inhábil, y junto a él astillas de las que sirven para encender el fuego.

—De Filoctetes es, sin duda, todo eso que indicas—aseguró Ulises.— No debe andar lejos el hombre a quien buscamos.

Neoptolemo seguía mirando.

—Veo también unos andrajos que se están secando llenos de sangre y de pus.

—No hay duda—repitió Ulises—que esa es la cueva del hombre. Habrá salido de ella sin duda para procurarse alimento o en busca de alguna hoja que calme su dolor. Antes de que vuelva, debo alejarme habiéndote instruído de lo que debes hacer.

—Pues ¿qué me ordenas?—preguntó Neoptolemo.

Caviló un momento Ulises, temeroso de que el muchacho se negara al engaño, pero después le habló con taimadas palabras.

—Es preciso—dijo—que engañes a Filoctetes con tus razonamientos. Cuando te pregunte quién eres y de dónde vienes, no ocultes que eres hijo de Aquiles, más dile que navegas hacia tu casa después de abandonar el campamento de los griegos, a los que odias, porque después de haberte suplicado, sabiendo que eres el único recurso que tenían para la toma de Troya, que hicieras el viaje desde tu patria, no se dignaron darte las armas de Aquiles, tu padre, que con justicia les pedías, sino que se las concedieron al taimado Ulises.

Puedes decir de mí cuanto mal quieras, hasta las peores infamias, pues sólo así podremos posesionarnos del arco de Hércules para con él destruir la ciudad de Troya. Tú eres el único, joven, que puedes recuperarlas, pues que no eres de la primera expedición y has atravesado el mar sin obligarte con juramento y puesto también que Filoctetes no te conoce. En cambio, si me ve a mí estoy perdido, pues seguro es que antes preferiría destruir esas armas que dárme las, y antes se mataría que seguirme.

Neoptolemo escuchó con atención las palabras del jefe y vaciló antes de contestar; al fin dijo tímidamente:

—Con horror he escuchado tus palabras, pues nada me espanta tanto como el engaño; jamás pude hacer nada con malas artes y es fama que mi padre tampoco pudo nunca. Si quieres que me lleve por la fuerza y no con engaños a ese hombre, bien podré hacerlo, porque teniendo él un solo pie útil y siendo tantos los de la nave, bien podremos dominarle sin ser traidores. Porque yo prefiero ¡oh

Rey ! no alcanzar buen éxito procediendo honradamente, a triunfar con malas artes.

—No tenemos tiempo que perder en discusiones ; la orden que has de cumplir es apoderarte de Filoctetes por la astucia—respondió Ulises.

Pero el joven dudaba aún.

—¿ Y si tratara de convencerle en vez de engañarle?—dijo.

—Tratando de convencerle no te creerá ; en cuanto escuche mi nombre y el de los reyes, no querrá oír más ; y por la fuerza, aun a pesar de su debilidad y de sus dolores, no podríamos llevárnoslo, pues tiene consigo flechas certeras que causan la muerte inevitablemente.

—Es que me parece tan vergonzoso el decir mentiras...

—Es que la mentira en este caso es la salvación de un pueblo entero—dijo Ulises—. Las flechas de ese hombre son las únicas que pueden tomar a Troya.

No se decidía todavía el honrado Neoptolemo. Preguntó :

—Pues quien ha de destruir la ciudad según el oráculo, ¿no soy yo?

Y Ulises repuso :

—Tú no puedes nada sin las flechas ni las flechas sin ti. Y si haces lo que yo te encomiendo, tendrás dos premios : el del valor y el de la astucia.

Bajó la cabeza Neoptolemo en señal de acatamiento a las órdenes de Ulises, porque para los griegos de entonces, la toma de Troya era superior a todas las consideraciones. Se separaron los dos guerreros y el prudente Ulises partió hacia las naves, donde se quedó esperando lo que habría de suceder. Neoptolemo, seguido de algunos hombres, recorrió la isla buscando al desgraciado poseedor de las flechas de Hércules. No tardó en escuchar el eco de un lamento espantoso, al que las montañas contestaban. Sin duda andaba el hombre buscando por allí, tratando de encontrar algunas cosas que comer. Guardó profundo silencio Neoptolemo y silencio guardaron también los hombres que le acompañaban. A los lamentos primeros, siguieron gritos de dolor y llanto y después el rumor de un hombre al

avanzar arrastrándose con dificultad por entre las ramas y las hojas. Pronto apareció delante de los asombrados ojos de Neoptolemo y de sus acompañantes, la figura de Filoctetes; una figura tan triste y espantosa, como jamás la pudieran soñar. Su demacración era la de un cadáver, las barbas llegábanle casi hasta las rodillas; escasos andrajos cubrían su cuerpo y el pie aparecía como una masa sanguinolenta de la que surgía hedor insoportable. Al ver el grupo formado por Neoptolemo y los marineros, Filoctetes se detuvo y clamó:

—¿Quiénes sois, extranjeros, y qué os trae a esta tierra que ni tiene buenos puertos, ni está habitada? Vuestro traje parece griego, el más querido por mí. No tengáis miedo ni os hororicéis de mi aspecto salvaje. Compadeced a un hombre infortunado y dejadme que escuche vuestra voz.

Se adelantó Neoptolemo que desde el primer momento, por su apuesta presencia y la bondad que en su rostro se reflejaba, ganóse el corazón del solitario.

—Sabe extranjero—dijo—que somos griegos. Yo soy natural de la isla de Esciro; na-

vego hacia mi patria y mi nombre es Neoptolemo, hijo de Aquiles.

Filoctetes se estremeció de placer y dijo con alegría :

—¡ Oh, hijo de carísimo padre y de amada tierra ! ¡ Oh, alumno del anciano Licomedes ! ¡ Qué dulce es tu voz y cómo me consuela oír tus palabras después de tanto tiempo ! ¿ Qué intención te trae y qué viento propicio a esta tierra ? ¿ De dónde vienes navegando ?

—Vengo de Troya en mi propia nave— contestó el joven.

Le miró Filoctetes un punto y observó después :

—¿ Cómo puede ser ? Tú no embarcaste con nosotros cuando por primera vez salió para Troya la expedición.

Preguntó Neoptolemo :

—¿ Y tú ? ¿ Tomaste acaso parte en esas fatigas ?

Filoctetes entonces dijo al joven quién era y le relató punto por punto cómo su desgracia, el incumplimiento de la palabra dada a Hércules, su terrible herida y el mal corazón de los jefes griegos le tenían abandonado en

aquel país desde hacía diez años, consumiéndose en su fiera dolencia. Le contó también cómo en aquel largo tiempo había visto una o dos o tres veces rostros humanos, pero sin lograr jamás que los navegantes se compadecieran y consintieran en conducirle a su patria con ellos.

—Los extranjeros que ahora llegamos—dijo Neoptolemo con dulzura—somos de otra condición; nosotros te compadecemos, hijo de Peante, y compartimos contigo el rencor que sientes hacia los atridas y los que les siguen.

La mirada de Filoctetes, apagada siempre, se iluminó con una chispa de cólera y alegría.

—Dime, dime, joven hijo de Aquiles, cómo te injuriaron y por qué los odias.

Haciéndose una gran violencia y sólo por el bien de su amada patria, Neoptolemo empezó a contar el engaño, según había prometido a Ulises. Y contó cómo el propio Ulises había ido a buscarle, diciéndole que nadie sino él podía conquistar la ciudadela troyana. Y cómo él, sin perder tiempo, se embarcó enseguida, no sólo para cumplir con su ayuda

lo que todos deseaban tanto, sino también para ver a su padre antes de que lo sepultaran. Relató Neoptolemo también, y nada de esto era mentira, como en cuanto desembarcó le rodeó todo el ejército saludándole y jurando que en él volvían a ver a quién ya no vivía: a Aquiles, que aun yacía insepulto. Y acabó su relato diciendo cómo había pedido a los atridas las armas de su padre y su herencia.

—¿Y sabes lo que me contestaron?—terminó—. Pues bien: me dijeron que todo cuanto perteneció a mi padre podía tomar yo, menos las armas, por haberse éstas adjudicado a Ulises, hijo de Laertes. Irritado yo, les maldije en seguida con toda suerte de imprecaciones y maldije a Ulises que me despojaba de unas armas que eran mías. Pero él, insultándome, me contestó que yo me había quedado en Esciro mientras él permanecía al pie de los muros de Troya, y que jamás consentiría en darme las armas de mi padre. Después de oír tanto insulto y de sufrir tanta injuria—concluyó con energía el joven Neoptolemo—me vuelvo a mi patria despojado de lo

mío por Ulises, perverso hijo de perversos padres. Sabe, pues, hombre desdichado, que quién odie a los atridas y a Ulises, será mi amigo y amigo de los dioses.

Filoctetes al oír estas palabras, no cabía en sí de gozo. Su interés por las cosas de Troya le movió a preguntar :

—¿Y cómo estando allí Ajax y viendo tales cosas las toleró?

Entonces Neoptolemo contó a Filoctetes cómo Ajax había sido arrebatado por la muerte y cómo también habían muerto muchos otros valerosos guerreros ante los muros de la inexpugnable ciudad. Le contó la muerte de Patroclo, el muy amado de Aquiles, y la de Antíloco, hijo de Néctor, y sólo al preguntarle Filoctetes si Ulises aun vivía, contestó el joven :

—Ese vive y es el hombre a quien odio, lo mismo que tú.

Después que hubieron pasado largo rato hablando de las glorias pasadas y de las tristezas presentes, apresuróse Neoptolemo a despedirse de Filoctetes, diciéndole cómo ya era hora de comenzar a pensar en el aparejo de

su barco. Apenas el desdichado inválido oyó al joven decir que quería irse, se arrojó a sus pies y le suplicó derramando abundantes lágrimas, que no le abandonara como tantos otros habían hecho.

—Por tu padre y por tu madre y por cuanto en tu casa te sea más querido—decía—, ruegote, hijo mío, que no me dejes en esta situación, solo y desamparado en medio de tantos males. Bien sé que he de ser para ti carga que te ocasione molestia y por ello te suplico que me echés en tu nave como un fardo más, que si yo llego a la tierra que ansío, será ésta la mayor recompensa de tu gloria. Por mi parte procuraré molestarte lo menos posible, así a ti como a tus compañeros; me estaré todo el día en la sentina, en la proa, en la popa de tu barco... De rodillas te pido que no me dejes desamparado aquí, donde no veo rostro humano, sino que me salves y me lleves a tu patria, o bien a Eubea, donde reina Calodonte. Desde allí podré hacerme transportar hasta donde está mi querido padre, si es que no ha muerto. No dejes de hacerlo tal como te lo pido, hijo del invencible Aquiles.

Los marineros que acompañaban a Neoptolemo, rogaron a su jefe que se apiadara del desdichado. Y él, desempeñando siempre el papel que el astuto Ulises le había encomendado, repuso :

—Vergüenza sería para mí mostrarme inferior en mis sentimientos a cuantos me rodean. No puedo, pues, negarme a lo que me pide este desdichado extranjero. Mi nave le llevará adonde hallen remedio sus males ; sólo pido que los dioses nos saquen salvos de esta tierra y nos conduzcan adonde deseamos ir.

El júbilo de Filoctetes no reconocía límites. Se arrojaba de rodillas delante de los marineros, besaba los pies de Neoptolemo y sus lágrimas y sus risas se mezclaban, dando tregua por unos momentos a las quejas y lamentaciones que habitualmente salían de sus labios.

Y sucedió que en esto estaban, cuando una pequeña flota de mercaderes que iba de Troya a Pepareto, vióse obligada a hacer un alto en la isla de Lemnos, donde, viendo de lejos a Neoptolemo, a quien conocían de haberle

visto en Troya, se acercaron a él para rendirle homenaje. Se interrumpió con ello la escena antes descrita, y los mercaderes preguntaron a Neoptolemo quién era aquel hombre que tan desgraciado parecía y a quien Neoptolemo y los suyos se preparaban a llevar a sus naves.

—Este hombre es mi mayor amigo — dijo el joven hijo de Aquiles—, porque odia a los atridas. Vosotros que venís de Troya, donde ellos se encuentran, y que decís al mismo tiempo ser mis amigos, no nos ocultéis ninguna de las noticias que allí hayáis oído.

El mercader que parecía jefe de los otros, contempló un momento a Filoctetes con pena y dijo entonces, sin saber el engaño que Neoptolemo estaba realizando.

—He oído decir en Troya—aseguró—que en busca de este hombre y de sus flechas, vienen el taimado Ulises y muchos de los suyos; y han jurado que se lo llevarán persuadiéndole con razones, o violentamente, a la fuerza. Todos los griegos han oído estas palabras de boca del propio Ulises, quien les ha hecho saber que nunca destruirían la ciuda-

dela de Troya sino apoderándose del hombre que está en esta isla.

Al oír estas palabras, toda la alegría de Filoctetes tornóse negra desesperación. Clamaba y gemía y juraba que antes se daría muerte, que dejarse convencer por Ulises. Con esto redobló sus súplicas a Neoptolemo.

—Vamos, hijo. Vamos pronto—suplicaba—. Vamos cuanto antes para que mucho mar nos separe en seguida de la nave de Ulises.

Mas Neoptolemo, para acallar su impaciencia, decíale, como era verdad, que el viento que en aquel momento soplabá, era contrario a la dirección que la nave debía seguir, y que érales necesario aguardar a que cambiara.

—Siempre es bueno navegar cuando se huye del mal—insistía Filoctetes.

—Lo sé; pero también a ellos les es el viento contrario—aseguraba Neoptolemo.

Mas Filoctetes gemía y suplicaba que daba pena oírlo. Neoptolemo entonces pareció apiadarse de su dolor.

—Marchemos, pues, si te parece—condescendió—. Pero antes toma de la caverna lo

que más útil o agradable te sea, si bien pocas cosas habrá que yo no tenga en mi nave.

—Algo hay que tú no posees—dijo Filoctetes—, y que yo guardo en mi choza como un tesoro. Es una hierba que me sirve siempre para adormecer y mitigar el dolor de la llaga. Quiero ver también si dejé alguna flecha de este arco olvidada, a fin de llevármela, evitando así que otro pueda cogerla.

Neoptolemo fingió una gran sorpresa.

—¿Es ese el famoso arco que Hércules te dejó?—preguntó al desdichado.

—Este es; mis manos no manejan otro—aseguró Filoctetes.

Con un gran respeto, no fingido ciertamente, pero que servía de modo perfecto a sus planes, se acercó Neoptolemo al desdichado y tendió las manos hacia el arco. Preguntó:

—¿Puedo verlo bien de cerca, cogerlo en mis manos y adorarlo como a un dios?

Filoctetes contestó con entusiasmo.

—Puedes disponer, hijo mío, no sólo de mi arco, sino de todo lo mío que te pueda ser útil. Tú vas a proporcionarme la alegría de ver de nuevo mi patria, así como a mi an-

ciano padre y a mis amigos. Tú solo me has dado la dicha de poder contemplar esta luz del sol con ánimo alegre. Tú vas a hacer más que todo eso, pues que vas a salvarme cuando estoy a punto de caer en las manos de mis enemigos. Por todo esto, este arco que jamás he dejado a nadie, que nunca se ha separado de mis manos, podrás cogerlo tú en las tuyas y devolvérmelo cuando quieras, y alabarte de que, de todos los mortales, eres el único que has merecido tomarlo, a causa de tu mucha virtud.

Diciendo esto, Filoctetes puso su arco en las manos de Neoptolemo, al que invitó después a entrar en su cabaña a fin de ayudarle a hacer los preparativos de marcha. Y entraron los dos en la cueva y apenas habían entrado cuando, sin proferir palabra, quedóse Filoctetes como atónito y clavado en el suelo. Se acercó a él Neoptolemo para preguntarle qué le sucedía y el infeliz, que deseaba ocultar lo terrible de la crisis de dolor que sufría, porque el otro no se asustara y se arrepintiera de su primera idea de llevarle en la nave guardó silencio por unos momentos. Pe-

ro pronto fué tan grande el dolor, que no pudo Filoctetes ocultarlo por más tiempo. Unos gritos agudísimos salieron de su garganta estremeciendo la isla toda, al mismo tiempo que palabras incoherentes llegaban al entendimiento de Neoptolemo, quien permanecía absorto ante aquel sufrimiento, tan grande como él jamás lo imaginara.

—Me traspasa el dolor, hijo mío; estoy perdido, no puedo ocultarlo por más tiempo —decía Filoctetes—. ¡Infeliz de mí! ¡Pobre de mí! ¡Ay! ¡Ay! Te suplico que si tienes en las manos o cerca una espada, me cortes el pie en seguida y no te importe que muera, ya que, de no poder ir contigo, es esta la única salvación que me queda antes de que los que me persiguen de mí se apoderen.

Pero Neoptolemo, de veras compadecido, se negó a hacer lo que el desdichado le pedía.

—Mucha pena me inspiran tus dolores— aseguró—. ¿Qué puedo hacer para aliviarte? ¿Quieres que te coja en brazos y te lleve a algún lado?

—No—repuso Filoctetes—. Quiero única-

mente que guardes y defiendas ese arco que ha poco te he dado. Es preciso hijo mío que aguardes a que pase la crisis, y ésta no pasará sino después de un profundo sueño. Este sigue inmediatamente a mis dolores, que sólo merced al reposo se alivian y me permiten seguir viviendo. Guarda, pues, mi sueño, hijo, y guarda, sobre todo, mi arco y mis flechas, si no es que prefieres arrojarlas y arrojarme en el volcán de esta isla, dejando que allí me abraza para siempre.

Y, en efecto, como Filoctetes había dicho, después de una gran crisis de dolor el sueño comenzó a apoderarse de él; se dobló su cabeza, brotóle el sudor por todo el cuerpo y la negra vena del pie se le rompió derramando abundante sangre. Neoptolemo se sentía a un tiempo orgulloso de haber cumplido tan exactamente las instrucciones de Ulises, así como de haber logrado tener en su poder el arco invencible sin necesidad de recurrir a la fuerza. Mas no obstante, remordíale la conciencia ante la desdicha de aquel hombre y le repugnaba el engaño a que se había visto precisado a recurrir. Por eso, al ver momentos

después que Filoctetes se movía, que su sueño cesaba, pudo en él más la nobleza y la compasión que la astucia, y se arrojó a los pies del desgraciado.

—No quiero ser malvado por más tiempo—dijo—. No quiero de modo alguno ocultar lo que no debo y manchar mi conciencia con la mentira.

Filoctetes, al oír estas palabras, mostróse sumamente sorprendido. Creyó que eran hijas del espanto que a Neoptolemo causaba la crisis que acababa de presenciar y por todo ello preguntó, horrorizado :

—¿Es acaso, hijo mío, que traicionándome, dejándome aquí abandonado, vas a emprender tu navegación?

—No voy a abandonarte—repuso Neoptolemo—, pero ya me aflige la idea de llevarte a disgusto tuyo. Nada quiero ocultarte. Has de saber que vengo encargado por los griegos de llevarte a Troya, junto al ejército de los atridas.

Filoctetes creyó enloquecer. Como herido por el rayo, cayó desmayado al suelo, al ver que, cuando creía hallarse en salvo, no se en-

contraba sino en manos de los que tanto odiaba. Mas volvió en sí inmediatamente : recordó que no tenía el arco y tendió hacia él las manos suplicantes ; pero Neoptolemo se hizo atrás, diciendo :

—No puedo ya nunca devolverte este arco : el deber y la utilidad me obligan a obedecer a mis jefes.

Filoctetes gemía desesperado :

—¡ Cómo me has engañado, infame ! ¡ Cómo te has burlado de mí ! Me quitas la vida quitándome el arco. Por eso te ruego, por los dioses de tu familia, que me lo devuelvas. Jamás hubiera imaginado que con tal perfidia abusara de mí el hijo de Aquiles. Después, de haber jurado llevarme a mi casa, intentas conducirme a Troya, y después de tenderme tu diestra mano en señal de fidelidad, y después de recibir de mí las flechas sagradas de Hércules, hijo de Júpiter, las retienes para dárselas a los griegos. Como si hubieras apresado a un hombre robusto, me llevas a la fuerza, sin advertir que matas a un muerto. Sin mis flechas, sin mi arco : ¿ cómo podré proporcionarme alimento ? Compadécete de mí,

por los dioses, y no te acarrees la ignominia entre los hombres, engañándome de esa manera. Bien veo que no eres malo, sino que, adiestrado por hombres malos, llegas hasta el crimen. Pues que te es preciso obedecerles por cumplir tu deber, hazte a la vela, pero déjame mis armas.

En efecto, Neoptolemo bajaba la cabeza desesperado; su buen natural se entristecía al oír las amargas quejas de Filoctetes y por otra parte dolíale no cumplir lo que los griegos aguardaban con tanta ansia de él. Hubiera querido en aquel momento encontrarse todavía en Esciro; apenas se atrevía a dar las armas ni a retenerlas. No obstante, su mano se tendió como si fuera a acceder a la súplica del desdichado Filoctetes. Mas en aquel momento Ulises, sorprendido por la tardanza de su enviado, llegaba con paso ligero, hasta la puerta de la caverna de Filoctetes.

Puso su mano entre éste y Neoptolemo, e impidió que el inválido se apoderara nuevamente del arco.

Al ver Filoctetes a Ulises, su cólera no re-

conoció límites ; juró, insultó ; salieron de sus labios los más terribles anatemas y las palabras más crueles. Por último, quiso estrellar su cabeza contra una roca, arrojándose desde lo alto. Mas Ulises ordenó a sus marineros que impidieran al desdichado cometer tal delito contra sí mismo. En vano Ulises con suaves palabras, trató de convencerle de que quisiera acompañarles a Troya, diciéndole cómo se hallaban en trance apuradísimo y sólo merced a las flechas de Hércules podrían conquistar la ciudadela de acuerdo con las palabras del oráculo. Recordando el trato cruel de que había sido objeto, Filoctetes no atendía a ninguna de las razones que se le daban y protestaba de que antes querría morir que verse de nuevo en compañía de los griegos delante de los atridas. Entonces dijo Ulises con clara palabra :

—Dejadle, pues, marineros ; no le toquéis más ; dejad que se quede ; no necesitamos de él teniendo sus armas y teniendo entre nosotros a Teucro, el arquero que sabe manejarlas. Tampoco yo soy inferior en el manejo de ellas ni en la puntería. ¿Para qué, pues,

le necesitamos? Que siga paseándose feliz por la isla de Lemnos mientras nos vamos nosotros. Y aun es posible que pronto se me conceda a mí en premio el honor que él debía alcanzar.

Las palabras del taimado y prudente Ulises sacaron de tino a Filoctetes. El imaginar que Ulises pudiera vencer con su arco, causábale dolor más agudo en el corazón que el que en el pie le causara la flecha envenenada. Dirigía amargas y duras palabras a Ulises y a los griegos todos; pronunciaba otras dulcísimas que se dirigían al arco, a las amadas flechas, legado de su mejor amigo, el semi-diós; las que habían saciado su hambre durante tantos días y tantas noches, las que le habían dado la victoria sobre sus enemigos, las que le habían hecho temido aun en su invalidez, las que ahora le eran arrebatadas del modo más brutal.

Marchábanse ya los griegos camino de las naves, obedeciendo las palabras de Ulises, su jefe. Iba el astuto con la cabeza levantada y fingiendo gran indiferencia a los insultos e imprecaciones que el infeliz de la cueva les

dirigía; iban los marineros con el corazón entristecido por los ayes del infeliz, que retumbaban en las rocas de la isla. Y Neoptolemo, que no se había querido desprender del arco y las flechas, ni aun para darlo a Ulises, les seguía con la cabeza baja, las mejillas rojas de vergüenza y el corazón traspasado de dolor.

Cuando ya estaban cerca del mar, oyeron la voz de Filoctetes que les llamaba.

—¡Extranjeros, extranjeros! Venid, acercaos de nuevo. No os enojéis si maltratado por mis violentos dolores, os he dicho algún despropósito. Vaya en hora mala Troya y cuantos están bajo sus muros, y concededme vosotros un solo favor.

Volvieron atrás los hombres y algunos preguntaron al infeliz qué era lo que de ellos deseaba.

—Dadme una espada si la tenéis, o un hacha u otra arma cualquiera para cortarme la cabeza y los miembros con mis propias manos, que no otra cosa sino la muerte deseo ya.

Rápidamente Neoptolemo avanzó desta-

cándose del grupo y Ulises, temeroso al ver su actitud, le siguió:

—¿Adónde vas, hijo de Aquiles?—preguntó Ulises—. ¿Qué te propones, volviendo con tanta prisa hacia la cueva?

Con el rostro encendido contestó Neoptolemo enérgicamente:

—Me propongo enmendar el yerro que antes cometí de haber engañado a un hombre con torpes mentiras, por haberte creído. Voy a devolver a Filoctetes el arco que, indignamente y sin razón alguna, tengo en mi poder. Nada me arredra, pus tengo las flechas invencibles en mi mano.

Y esto diciendo, sin querer atender a las razones de Ulises ni amedrentarse ante la espada ya desenvainada por el héroe, Neoptolemo se acercó a la cueva y puso en las manos de Filoctetes el arco y las flechas. El desgraciado apenas podía creer en su ventura. Imaginaba que de nuevo Neoptolemo le engañaba y al oírle decir que no era así, y al sentirse otra vez dueño de sus armas, de nuevo el gozo le inundó por completo. Mas lo primero que hizo, rencoroso, fué disponer-

se a disparar la primera flecha contra Ulises, al que tenía por su enemigo. Nuevamente Neoptolemo se mostró digno hijo de su padre y sujetó con mano de hierro la mano que se disponía al crimen. Después trató de convencer al infeliz con sus palabras.

—Los hombres a quienes los dioses envían desgracias, no tienen más remedio que soportarlas—dijo—; tú menos que ninguno debes enfurecerte, pues el mal que padeces tú mismo lo has buscado faltando a tu palabra. Sabe, pues, que la curación de esa grave dolencia que padeces no la alcanzarás hasta que tú mismo vengas espontáneamente a los campos de Troya, y presentándote a los hijos de Esculapio, que entre nosotros están, te curen ellos de esa dolencia, y tú con este arco y con mi ayuda seas el destructor de la ciudadela. Esto han dicho los adivinos y esto se ha de cumplir.

De nuevo se negaba Filoctetes obstinadamente, de nuevo aseguraba que antes moriría que ir voluntariamente a Troya. Entonces Neoptolemo dió una vez más pruebas de su buen corazón.

—Ya que no puedo persuadirte con mis razonamientos—dijo—, aquí los concluyo, y, según tu gusto, te dejo vivir como vives, sin esperanza de salvación. Y lo que hace unos momentos te prometí con engaño, quiero ahora cumplírtelo con verdad, llevándote a casa de tu padre, si es que vive, y, aunque haya muerto, a tu amada patria.

Filoctetes se arrojó a los pies de su salvador, levantóse después prestamente y se disponía a marchar hacia las naves en unión de Neoptolemo, defendiéndose de Ulises y de los griegos con la amenaza de las flechas invencibles que llevaba en la mano... Y he aquí que en esto, aparecióse delante de él una imagen querida que en la vida le había sido muy amada: era el propio Hércules, quien habló de este modo:

—Detente, Filoctetes amigo, hasta que hayas escuchado mis palabras. Es la voz de Hércules la que escuchas, y su rostro el que ves. Desde mi celestial asiento, vengo para anunciarte los designios de Júpiter y detener-te en el camino que acabas de emprender. Así como yo para cumplir mi destino debí

realizar largos y penosos trabajos, así estaba también escrito que tú sufrirías la pena que hoy padeces, durante diez años, y que después tendrías una vida gloriosa. Vé, pues, con ese noble joven hacia la ciudad de Troya, donde curarás de esa dolencia horrible y te distinguirás después por tu valor como el primero del ejército; con esas flechas quitarás la vida a Paris, culpable de todas estas calamidades, y después destruirás a Troya. Los despojos que como premio a tu valor obtendrás del ejército, los dividirás, enviando a tu padre Peante una parte y dejando la otra en recuerdo de mi arco sobre mi pira. No demoréis más la empresa. Partid hacia Troya, que el tiempo es favorable y la navegación propicia, pues viene el viento de popa.

Se desvaneció la visión; bajó la cabeza Filoctetes al designio del dios y, no sin tristeza, se despidió de la cueva de la isla, donde tantas y tantas lágrimas había derramado.

Y Ulises y él se reconciliaron. Y partieron hacia Troya y llegados que fueron, todo se cumplió como Hércules lo había predicho.

